

#1

# El secreto del Padre Alcázar

*Una historia basada  
en hechos reales*

---

CAMI FLORES

---

# EL SECRETO DEL PADRE ALCÁZAR

*Camila Flores*

COPYRIGHT 2015. ALL RIGHTS RESERVED.

CHECK OUT MY NEW STORIES @

<https://twitter.com/camilafloressua>

*A Ale Robles, porque sin ti no hubiera podido contar  
mi historia...*

## **Prefacio**

Algunos me han criticado por este libro. No me importa lo que piensen de mí. Todo lo que cuento aquí es cierto. Solamente cambié los nombres de algunas personas, lugares y fechas para que no se sepa exactamente de quién estoy hablando. Ellos saben quiénes son. Algunos detalles quizá se me hayan olvidado, porque en ese momento tenía diecinueve años. Aun así, creo que mi historia merece ser contada. Para mí, es una historia de amor.

Camila Flores Suarez

## **Índice**

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

Lo conocí en una orgía en el club de swingers "Miami Velvet" la noche de Halloween. Yo había viajado desde Bradenton, como a cuatro horas de distancia para venir a la gran fiesta de disfraces "Inferno" que empezaba a la media noche. Estaba un poco nerviosa porque iba a participar en mi primer intercambio de parejas. Había aceptado ir con Yuniesky, un cubano con los brazos de veinte pulgadas pero el pito de cinco, al que había conocido solamente dos semanas atrás. Era buena gente pero medio bobo. Solo le interesaba bailar Reggaetón y las peleas de la UFC. Me insistió tanto en que viniera que finalmente tuve que acceder, aunque yo hacía rato estaba loca por ir.

Ya había aprendido que a los hombres hay que hacerlos esforzarse por todo, porque luego, si no se les para te echan la culpa.

Esta vez, la fiesta la habían hecho en grande, y hacía honor a su nombre. "Inferno". En el salón principal habían puesto una plataforma de fibra de vidrio que aguantaba una colchoneta gigante. Casi todo el mundo estaba disfrazado, así que no era raro encontrarse a un pirata follándose a un zombi o dos enfermeras lamiéndole las bolas al bicho ese del Freddy Krueger. Había varios hombres travestidos, teniendo sexo con mujeres y uno que se parecía igualítico a Ron Jeremy, el actor porno. Creo que era él, porque tenía una cola de gordas esperando turno y gente tirándole fotos.

Él olor a sexo y a K-Y Jelly impregnaba las paredes y qué decir de los gemidos. Si cerraba los ojos, podía imaginarme en la sala de cuidados intensivos de un hospital. La única diferencia sería que para algunos pacientes el tratamiento quirúrgico resultaba delicioso. Nada más abrir la puerta, te inundaba una marejada de gritos de placer, de acentos, de quejidos enervantes. Esa electricidad me incendiaba los poros haciéndome sentir eufórica.

En las paredes, unas pantallas gigantes mostraban en close-up lo que pasaba en los diferentes cuartos. Pensé que cumplían dos funciones, hacer que te vinieras, y saber con quién se estaba revolcando tu pareja. Falos y caras, nalgas y hombros enzarzados con plumas de corsario, y shortcitos de policía, aquella masa como de lombrices, se retorció en caos y unísono al mismo tiempo, con la fuerza de un enorme experimento científico. Como la rueda del Dharma, aquel croquis pornográfico, ejemplificaba las infinitas manifestaciones sexuales de la naturaleza.

Él estaba allí, vestido solo con unas medias negras hasta las rodillas, follándose por detrás a una trigueña brasileña de dos metros de alto, al mismo tiempo que otro; un negro fornido le embocaba a la chica una gigantesca polla brillante, medio floja. Debo decir que cuando vi a aquel europeo, con cuerpo de Dios griego bajo las luces de neón, esos ojos verdes preciosos y esa barbita bien cuidada me pareció bello. Tenía el aire de un Don Quijote moderno, un cuerpo delgado y joven para sus cuarenta y pico, y unas nalgas perfectas que se tensaban rítmicamente cada dos o tres segundos. A mí nunca me habían gustado los hombres mayores y el tipo más viejo con el que había salido era precisamente Yuniesky que en aquel entonces tenía como veinticuatro. Pero había algo en ese hombre que me encandiló, y no solo fue su cuerpo. En su mirada, en sus movimientos había una seguridad, que me relajó de inmediato. Tenía un no sé qué, que me daba paz, y hacía que en aquel desenfreno, se viera relajado, sereno y hasta limpio, como si nada pudiera tocarle. Como si estuviera por encima de todo. La brasileña tenía un tatuaje de un sol amarillo y rojo exactamente en el ano. Los rayos eran los pliegues y me pregunté cómo había hecho el artista para dibujarlo.

Debía ser un virtuoso, pues dependiendo de su respiración los rayos solares se expandían y retraían asoleándole las nalgas o escondiéndose. Lo cierto es que aquella mujer era fuerte porque entre los dos se la estaban prensando como a un acordeón. Pensé que terminaría la noche con una hernia cervical, de tanto que se retorció, la pobre. Yo ya había visto este tipo de prácticas en las películas porno de mi hermano, pero acababa de cumplir diecinueve y en vivo esta singadera se me hacía mucho más divertida. De vez en cuando veía algo que me sobrecogía y entonces me subía un calambre calentito por la columna vertebral.

Recuerdo que cuando le sacó la polla a la brasileña, aquello me provocó un sobresalto, y lancé un grito que hizo que hasta Yuniesky se diera cuenta y me regañara: - "¡Oe, oe...bajito, que no estás sola!" gritó. Probablemente se molestó porque me soltó la mano y se fue, pero a mí no me importó nada. El ojiverde tenía la pinga más grande y hermosa que yo jamás hubiera visto. Realmente era un miembro bendecido. Nada de venas, lisita y rozagante como un animalito recién nacido. La chica de Ipanema por supuesto se quejó del desmonte articulando ruidos guturales ininteligibles porque aún tenía la boca llena y el negro se negaba a sacársela. Pero el ojiverde ya no estaba interesado en ella, caminó lentamente hacia mí, y me puso el dorso de la mano en la cara. Al principio tanto aplomo, y sus seis pies y pico me intimidaron pero traté de ser valiente. Miré alrededor y observe que Yuniesky se había dejado seducir por una rubia tetona. Siempre le había gustado eso. Las mujeres con las tetas plásticas me dan grima. Me parece que llevan su inseguridad colgada al cuello. Yo no podía competir, porque mi cuerpo siempre ha sido pequeño hacia arriba y ancho hacia abajo, como una guitarra. Esa noche me había disfrazado de Caperucita Roja. Tenía puesto un corsé rojo, una falda de vuelitos sin nada debajo, mallas negras y unas botas altas que con mis cinco-diez, me hacían casi de su tamaño y ahora esta escultura de hombre me estaba acariciando con aquellas manos suaves, y sus ojos verdes me devoraban. Entonces gentilmente me hizo arrodillarme frente a él. De pronto me encontré allí, frente a todo el mundo, y había olvidado totalmente dónde estaba y sin pudor ninguno se la empecé a mamar. Detrás de mí, una mano desconocida empezó a tocarme las nalgas, pero tan absorta estaba chupándosela al ojiverde, que casi ni me percaté de que otro hombre joven me había metido la cara debajo y me estaba rompiendo las mallas en la parte del coño. No recuerdo que hubiera pedido permiso, que era la regla del club, pero yo no estaba dispuesta a quitarle mi atención a la pollaza del ojiverde que se agachó presto, y me dijo con un acento español: - "¡Pégate con ella en la cara!" - Lo hice febril, y pareció encantarle, pues me empezó a decir cochinas que casi no escuchaba, tanta era la algarabía de la gente. - ¡Me encantan las zorritas morenas, cachondas y sucias como tú! ¿De dónde saliste? ¡Eres un regalo de Dios! -. Aquel acento español me hizo mojar más el coño que a su vez estaba siendo lengüeteado por aquel otro chico tan amable. El mundo empezó a desaparecer. Yo estaba en un capullo protector, sola en el universo, y ya no oía a nadie, ni sentía las rodillas en la colchoneta. Mi atención estaba completamente enfocada en el próximo movimiento de mis labios. Así lamí y relamí con la cara embadurnada, y mirándole a los ojos por no sé cuánto tiempo, hasta que me corrí sobre la cara del otro. Pero él nada. No avaló mis esfuerzos viniéndose en mi boca, así que empecé a cuestionarme. ¿Sería que no lo estaba haciendo bien? ¿Por qué no se acababa de venir...? De golpe me la sacó de la boca. Se bajó de la plataforma, se dirigió al ropero de los hombres y se empezó a vestir. Por supuesto no me podía quedar así, por lo que corrí hasta donde estaba.

- Pero... ¿A dónde vas? - dije un poco cabrona. De pronto me parecía una tremenda desfachatez que se fuera así, sin despedirse.

- Pues, tengo que trabajar - contestó. Se veía cansado, seguro llevaba horas allí.

- ¿En qué trabajas... si se puede saber?

Mi voz se sentía apresurada, ansiosa. Jamás me había arrodillado ante un hombre tan rápido. Jamás había estado más despreocupada del mundo. Jamás me había sentido tan viva. Él solamente se sonrió, se dio la vuelta y sacó los zapatos del ropero. Su disfraz era negro, como de funerario.

- Mi nombre es Camila.

Dije de sopetón, extendiéndole la mano. Me la estrechó.

- Bonito nombre, pero aquí no se supone que me lo digas. ¿No leíste las reglas del club? - Dijo con ojos burlones. Se había colgado del hombro una mochila de cuero y estaba cerrando el armario. No sabía qué hacer para detenerle. Así que eché mano a mis mejores armas y mostrándole mi trasero perfecto y bronceado, voltee la cabeza, cómicamente. Había olvidado el tremendo hueco húmedo que tenía en la malla, e imagino que mi estrategia no haya surtido tanto efecto.

- Si quieres te doy mi teléfono. ¿Estás seguro que no quieres verme de nuevo?

Sonrió como el que mira a un niño haciendo una monería, y se dio la vuelta. Caminaba rápido y seguro, así que lo perseguí hasta la puerta dándole vueltas. Salió.

- ¡Regresa pronto! ¡Estaré esperándote!

Grité cerquita de la puerta, casi saliendo a la calle medio encuera, pero una montaña de músculos oscura trató de empujarme hacia adentro. Era el portero.

- ¡Miss, no puede salir así! ¡Nos clausuran el local!

No me importó. Aquel hombre me mataba. Sentía que había una conexión especial con él, como si lo conociera de mucho antes. Como si él fuera un regalo que algo superior me había mandado.

- ¡Mi nombre es Camila! - Grité desesperada, con la cabeza afuera de la puerta. Pero él nunca volteó.

Estoy acostumbrada a las grandes congregaciones, porque mi madre es Testigo de Jehová y todos los domingos asistíamos al Salón del Reino. Los testigos en el sur de Florida no son muy diferentes que los Talibanes en Afganistán. No les gusta que los hermanos de la fe oigan música, bailen, ni siquiera que vean televisión. Todo es malo y en contra de los preceptos de Jehová. Además todo fútil porque el fin está cerca. A mí me habían expulsado varias veces de la congregación por posesión demoníaca. Una, fue cuando a los dieciséis, quise trabajar en Hooters igual que mis amiguitas del colegio. Los shortcitos anaranjados no le gustaron para nada a mi papá quién me dio tremenda paliza “porque a Jehová no le gusta eso” y me dejó encerrada dos semanas en mi cuarto. Gracias a Jehová seis meses después, el cáncer se lo llevó. Mi madre por supuesto siempre me ha culpado, "es producto de todos los disgustos que le diste". Pero yo sé que no. El cáncer es el cáncer y jode a cualquiera aunque sea muy feliz. Además, el muy imbécil se había dejado embaucar por los ancianos de la congregación que le habían hecho donar su taller mecánico al cuerpo gobernante, bajo el cuento de que el Armagedón llegaría en cuestión de semanas. Le juraron que la congregación se encargaría de nosotros cuando él muriera, pero todo era mentira. Once meses después de que murió derrumbaron el taller para hacer otro Salón del Reino y demolieron nuestro apartamento, que quedaba en los altos del taller para hacer el estacionamiento. Así que tuvimos que mudarnos a un campo de tráileres en Whitfield.

Mi madre también usaba el Armagedón para que yo no fuera a la escuela, y la ayudara a limpiar casas. "al fin y al cabo si nos portamos bien y hacemos lo que dice la Biblia, pronto llegaremos al reino de los cielos y allí nadie necesita saber geografía ni matemáticas". A mí me cuadraba y faltaba por meses a la secundaria hasta que el Departamento de Children's and Family nos tocaba a la puerta y entonces tenía que regresar. De todas formas mi remedio para no quedarme dormida en clases siempre había sido pensar en sexo. En cuanto terminé el décimo grado me metí a trabajar como mesera del Seminole Hard Rock Hotel, en el condado de Broward, donde podía conocer mundanos que acababan de ganar dinero y querían especular. Allí conocí a Gustavo, un mariconcito buena gente, que era valet parking del hotel. Tenía los ojos saltones, la cabeza grande, y una actitud de abuelito, pero era muy cómico y muy fumador de marihuana. Como yo trabajaba los fines de semana y el hotel estaba lejos de casa, me quedaba en el apartamento de Gustavo y así me libraba de tener que ir a predicar con mi madre los domingos. Trabajé allí por casi dos años, hasta que me acusaron de acostarme con un cliente.



Ya para Diciembre había roto con el cretino de Yuniesky, y Gustavo me invitó al apartamento a celebrar la Navidad. Él era guatemalteco y su familia muy católica. Los testigos no celebramos la Navidad, pero mi madre no se enteraría, así que comimos puerco asado, bailamos pegado, fumamos marihuana, me regalo unos pendientes y tomamos cantidad de ponche de frutas. Entonces me invitó a la Misa de Gallo. Yo odiaba todo lo que me recordara la religión, pero estábamos tan borrachos que me pareció que con él, aquello iba a ser divertido.

Cuando llegamos todo el mundo estaba muy emperifollado porque era una de las iglesias más viejas y prestigiosas del pueblo. Allí estaban representadas todas las formas de idiotas religiosos. Primero, las señoras esas a las que la muerte les aterriza pero no pueden dejar de hablar de ella. Siempre “conocen un caso” de alguien a quién le sucedió algo horrible e inusitado que a más nadie en el universo le ha pasado ni le pasará. Todas, con esos peinados en forma de bomba atómica detonada. Las bombas decoradas con colores amarillos, rojos y azules, que seguro fueron el último grito de la moda dos siglos atrás. A su lado por supuesto sus maridos con sus preciosas corbatas de muñecos de nieve, calvos, viejos de ideas pueblerinas, fijas. “Estados Unidos es el mejor país del mundo”. Trabados en su tiempo allá, rotos, sin posibilidad de cambio. Por supuesto los habían traído sus hijos. Hombres de familia conservadores, republicanos. Quienes todos los domingos podan el patio como chimpancés entrenados y singan con la camiseta puesta y el pantalón por los tobillos. Los que andan con el cabello aplastado hacia el lado como presentadores del noticiero, con el estuche del celular colgándoles de un abismo de barrigas embutidas a la fuerza dentro del pantalón. También habían asistido los primos de los hijos, alejados del seno familiar, viviendo en West Palm Beach, tratando de aliviarse con la religión, asistiendo a misa los domingos y despertando los lunes en la cama con Gustavo. A su vez esos primos conocían a varios desahuciados, seres andróginos, asexuados, a los que nadie mira ni trata, por tanto al único ser al que pueden apelar por una pizca de atención es a Dios. Todos allí, adeptos, una gran cofradía de ilusos, chapoteando en esa babaza colectiva, todos besándole el culo a Jesús y echándose flores, aunque por la espalda se pegaran los cuernos y hablaran horrores uno del otro al llegar a casa. Zombis todos. Robóticos. Adictos a la gran paja de la salvación.

Yo, por supuesto inmediatamente me hice el centro de atención, al subir la escalera vestida con mi minifalda de tul rojo, mis Converse All-Star altos, y las tetas bien apretujadas dentro de un corsé negro. A Gustavo nadie lo miraba porque esa noche se había disfrazado con una chaqueta de lino, azul Prusia, comprada en una tienda de hombres. Cuando tocaron las campanas, terminé de fumar mi cigarrillo, entramos y nos sentamos en el último banco para poder tomar y burlarnos de todo el mundo. Entonces el coro cantó un himno muy solemne y yo me encontraba en medio de una carcajada horizontal cuando el sacerdote tomó el podio y dijo:

- El señor esté con vosotros... -

Creo que fue el acento español el que me hizo mirar. ¡El mundo se me vino encima! - Era él - Era el ojiverde de la orgía de Halloween y lo que vestía ese día no era un disfraz de funerario. ¡Era Cura!

La misa duró mucho tiempo y el padre Santiago Alcázar, como se llamaba el ojiverde, entonó salmos, rezó y luego en la homilía, habló muy exaltado sobre el mundo en que vivimos y sobre cómo debemos perdonarnos a nosotros mismos y a los demás. Yo ya no disfrutaba tanto mi borrachera. Para mí era imperdonable lo que me había hecho. - ¿Tu sabes lo que es dejársela mamar y luego ser cura? - No recuerdo si lo pensé o lo dije en voz alta, pero Gustavo me miró extrañado. La voz del Padre Alcázar retumbaba por los altoparlantes.

- ...Señor aquí estamos tus hijos, pecadores, implorándote que nos ayudes a amarnos el uno al otro, como tú nos amas...-

No sé por qué, pero aquella voz me regresaba de mis lapsos mentales y hacía que se me erizaran los vellos de la espalda...

- ...Tú nos enseñas cada día que tu amor va más allá de nuestras acciones, más allá de nuestras necesidades, más allá de lo material...

Mis rodillas se movían incontrolablemente. Aquel tipo me creaba una ansiedad, unas ganas insoportables de saltarle al cuello.

- ...Gracias por aceptar nuestros errores. Por perdonar nuestros pecados, por aceptar todas y cada una de nuestras debilidades...

Se me ponían los pezones duros, y sentía una catarata entre las piernas....

- Protégenos de la hipocresía, de la violencia. ¡Tú eres nuestro creador!

¡Todos somos tus hijos!

Me vino a la mente "Pégate con ella en la cara", y cuando me estiré de pronto se me viró el termo donde teníamos el vodka...

- ....Solo tú sabes nuestra verdad y nos aceptas tal cual somos, sin mentiras y sin miedos... -

Ahora tenía el chocho empapado de vodka con jugo de naranja porque no me había puesto ropa interior...

- ... ¡Te amamos Dios santo, y contamos contigo para que nos perdones y nos ayudes siempre!...

Tenía que secarme pero cuando lo estaba haciendo me entró un ardorcito rico, que solo el dedo me podía curar... y con cuidado de que nadie se fuera a dar cuenta...

- ... ¡Danos tu espíritu señor, para que nos volvamos un solo corazón, una sola alma, en tu nombre! -

Y yo con la mano completita bajo la mini, enajenada restregándome el clítoris, como una demente...

- Amén.- dijo,

Y yo grité a todo pulmón:

- ¡Amén!

El eco retumbó mientras yo me corría allí sentada en aquel banco de atrás. El coro empezó a

cantar. Y cuando me desvanecí y se me abrieron las piernas y la gente se volteó, Gustavo raudo como nunca, me tapó con su chaqueta.

A las ocho de la mañana ya yo estaba allí. Gustavo me había prestado su Volkswagen. Esta vez vestía una blusa de encaje blanca, un blazer de Forever 21 y unos jeans de salir. Por supuesto me persigné al entrar ya que el catolicismo había empezado a gustarme. El padre Alcázar era amado por sus feligreses sobre todo por las ancianas, que trataban de comprarle la sonrisa con regalitos y besuquearle en la primera oportunidad que tuvieran.

Me arrodillé por unos minutos en donde la gente ponía sus velas para despistar. Luego de un rato lo vi hablando con una señora que caminaba con un andador. Se dio la vuelta y lo vi entrar a un confesionario antiguo hecho de madera. Entonces me levanté y bordeando a la vieja del andador, que trataba de imponerse a paso de tortuga me metí en el otro lado. Dentro, me acerqué a la rejilla. Olía al perfume de la última antigüedad que se había confesado. Me persigné y empecé a decir lo que Gustavo me había copiado en un papelito.

- En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, amén. Mi última confesión fue...

No pude terminar. Sentí un tremendo cargo de conciencia. Estaba a punto de debutar con mi personaje favorito. El que hacía con mis padres; Cami, la santica, que siempre decía lo que los dos imbéciles querían oír y después se reía de ellos y hacía lo que le daba la gana. No podía mentirle a él o aquella mierda comenzaría de nuevo. Entonces dije:

- Mira, yo nunca me he confesado ante nadie...

La voz al otro lado vaciló. Probablemente estaba esperando que la interlocutora fuera la anciana a la que yo le había volado el turno sin clemencia.

Pero dijo:

- No importa hija mía... querer regresar a Dios, es suficiente.

- Pues, no sé por dónde empezar. Se supone que diga lo peor ¿no?

- Hagamos algo - dijo. Di lo que sienta tu corazón. No tengas miedo. -

- Pues, qué se yo...- me agarré la trenza. - Tengo novios desde los once años, he tenido varios y con todos me acosté sin casarme.

Del otro lado me amparaba un silencio acogedor.

- Algunos me han dado propinas y regalos también, pero yo jamás los he pedido. Porque tú sabes, yo no soy puta.

No me recriminaron así que seguí adelante.

- ...He tomado algunas drogas, Éxtasis, Molly, Spice...Tu sabes...Coca y otras...más fuertes.

Si le hacía un torniquete más a la trenza iba a perder el cuero cabelludo. Mejor soltarlo de golpe que quedarme con aquello por dentro.

- En Halloween fui a una orgía en el "Miami Velvet" y conocí a un hombre que me encantó y no he podido dejar de pensar en él. Es mi alma gemela y quiero estar con él el resto de mi vida. Algo en mí se había desatado, y no había manera de meterlo de vuelta en su cajón. Yo estaba cumpliendo un sueño. Y no de ahora, sino de toda la vida.

- Ese hombre es usted, padre. -

Pasaron unos segundos y sentí que la puerta del otro lado chirrió y unos pasos llegaron a la mía. Él entró a mi lado del confesionario. Estaba muy serio y me miraba con curiosidad.

- ¿Qué crees que estás haciendo? Esta es la casa de Dios.

- Pues, me estoy confesando. No quiero que tengamos secretos.

- Será mejor que te vayas o llamaré a la policía. - dijo cortante.

Me sentí como una mocosa a la que agarran robando. El pecho se me hundió y los ojos se me llenaron de lágrimas. ¿Cómo podía hacerme esto? Después de lo que yo había hecho por él. Me puse furiosa y grité:

- ¡Pues llámalos! ¡Les voy a decir todo lo que me hiciste!

El eco tronó por las paredes. Me abrazó y me metió de un empujón en el confesionario tapándome la boca con la mano. Sentía su cuerpo pegado al mío, y su respiración en mi frente. Tenía el ceño fruncido y miraba hacia afuera, preocupado.

- ¿Estás loca? - Susurró - ¡Soy un sacerdote católico!

- ¡No me importa! - respondí con sus dedos tapándome la boca.

Afuera se escuchaba el murmullo de las viejas conversando.

- Necesito que te calmes y me escuches. Eres una chica hermosa, pero esto es imposible.

- ¿Por qué? - balbuceé.

- Porque soy el guía espiritual de esta parroquia. ¡Le he entregado mi vida a Dios! ¡No puedes venir aquí, así... a hacer esto!

- ¡Pero yo quiero estar contigo!

Rompí a llorar, me daba mucho miedo esa frialdad ridícula. Él sabía bien con quién estaba hablando. ¿Cómo no se iba a acordar de mí?

- Además, no nos conocemos. - Siguió él. Tú deberías buscar un chico de tu edad, que te guste y salir con él.

- A mí me gustas tú. - Berreé.

Traté de besarle pero tiraba sus mejillas a los lados y era demasiado fuerte para zafarme de sus manos.

- Escucha... esto vamos a hacer. Yo voy a salir primero. Tú vas a contar hasta diez y vas a abrir la puerta. Te vas a ir, y luego si quieres podemos ser amigos.

Entonces eché mano a mi última carta.

- Necesito un trabajo aquí y si no me lo das voy a decirle a todo el mundo lo que haces. ¡Qué vas a orgías y todo!

Esto pareció enfurecerle y me apretó contra él.

- ¿Pero qué te crees tú, zorra de mierda? ¿A quién crees que van a creer, a un cura o a una puta yonki? - Esto me dolió aún más y empecé a gemir y a echar moco. Pero su agarre había perdido

fuerza. Con tantos escándalos de pedofilia en la televisión, si yo hablaba él lo perdía todo. Yo necesitaba que se acordara de mí. Que se acordara de mí como yo me acordaba de él. Aproveché su debilidad, di un tirón y zafé una de mis manos. Le empecé a tocar la espalda y las nalgas desafortunadamente, y traté de arrodillarme de nuevo, desesperada. Me sostuvo lo más que pudo, pero al final algo lo venció. Me levantó y con una expresión animal me viró de espaldas, me puso la mano en la frente y me metió la mano en el coño por dentro de los jeans mientras por la espalda me susurraba al oído: -¡Joder, es que me pones a mil! -. Su dedo me frotaba el clítoris y se me metía adentro y yo estaba empapada y le pegaba las nalgas cuando de pronto sentimos a alguien tocando en la puerta del confesionario. Era la momia del andador.

Me soltó y estaba empalmado.

- Si vienes este viernes, veré qué trabajo puedo ofrecerte, ¿Ok? -

- ¡Júramelo! - casi grité.

- Te lo juro. - me miró derrotado. - Hizo una pausa y cerró los ojos. - Por favor, no le digas a nadie...

- Se peinó con la mano y salió con una sonrisa.

Yo conté hasta diez, me arreglé la ropa, e hice lo que me había dicho mi hombre. Porque eso era Santiago Alcázar. Mi hombre.

El viernes estaba allí súper fina con una falda negra entallada y mi blusa blanca de hilo con bolsillitos y mangas largas. Santiago me recibió muy cortés pero un poco frío, y me presentó a sus ayudantes en la oficina de la Iglesia. Eran una señora mayor, de unos setenta años y un jovencito gordo con pantalones elásticos y cara de tonto.

- Ellos son los encargados de la administración y coordinación. La señora Milagros y Juan te mostrarán cómo funciona todo aquí. Los dos me saludaron, pero noté una expresión pícaro en los ojos de la anciana, como si se estuviera burlando de mí. Finalmente, cuando Santiago se fue, la vieja me llevó aparte y me dijo: - Oye, ¿Tú estás segura de que quieres ser asistente del Padre? Porque por aquí han pasado varias, y ninguna se ha quedado. - Aquello me cayó como un cubo de agua fría, pero me contuve de mandarla a singar, al fin y al cabo estábamos en la casa de Dios y no quería que nada entorpeciera mi relación con Santiago.

- Te lo digo porque tú eres una niña que podrías ser mi nieta. - Siguió el fósil. - Él no está bien, Dios lo ampare. Aquí tuvimos que restringirle hasta el acceso a la computadora. ¿Tú sabes por qué, no? - Asentí con la cabeza. Todos los hombres miraban porno. ¿Y cuál era el problema? A mí también me gustaba ver gente follando. Uno aprendía cosas nuevas, y se divertía. Era como pasar unos momentos y conectar con gente a la que jamás conocerías, sin tener el compromiso de irte a vivir con ellos y hacerles comida todas las noches.

- Y ni te pienses que tú lo vas a cambiar. ¡Él es así! Ustedes las jovencitas son muy inocentes... Insistía la arpía. Ya me estaba retorciendo los ovarios así que la tuve que parar en seco. - Señora, no se preocupe. Yo lo controlo. ¡Usted no se preocupe!- La vieja me miró con una mezcla de lástima y hostilidad. Siguió arreglando sus papeles con una mueca. - Hay gente que tiene que chocar con la pared - rezongó.

No lo vi en toda la semana. Los quehaceres y el Quickbooks me mantenían muy ocupada. Creo que me estaba evitando porque no pasaba para nada por la oficina. Así que una tarde lluviosa en la que Milagros llamó enferma, me robé la llave del apartamento de Santiago y caminé hasta el edificio donde vivía. Era un edificio blanco de dos apartamentos justo detrás de la Iglesia. El apartamento de abajo estaba desocupado y las ventanas forradas con madera de contrachapado. Subí las escaleras y entré a su apartamento, que ocupaba la parte de arriba completa. Era muy austero. Tenía una sala con unos muebles horribles cubiertos de plástico. Olía a humedad, y el aire acondicionado estaba apagado o roto. Había una cocinita con una hornilla y verduras echadas a perder en un refrigerador pequeño. El cuarto quedaba al final del pasillo y la luz estaba encendida. Entré en su cuarto. Había solo una cama a la izquierda cubierta con una sobrecama color vino. Un poco detrás, a la derecha había un librero pegado a la ventana y a la izquierda una mesa de trabajo. Al final de la mesa estaba el closet. Me senté en su cama. Olí las sábanas y las fundas. No sé por qué pero ese olor me resultaba muy familiar. En el librero tenía muchos libros religiosos y algunos de Vargas Llosa y Hemingway. Su mesa de trabajo estaba perfectamente recogida. Abrí sus gavetas y en una de abajo, encontré una docena de frascos con pastillas sin abrir. Seguí indagando y me metí en su closet. Tenía poca ropa, sólo cinco pantalones oscuros y varias camisas de colores sólidos. En la parte de arriba del closet había una maleta vieja. La abrí y encontré varias fotos de él con mujeres y familias de la parroquia. También había una pistola de la marca Walther. La saqué de su estuche, le apunté a la ventana y entonces escuché la puerta. Aguanté la respiración hasta que entró al cuarto. Se llevó un pequeño susto pero no dijo nada. Esta vez llevaba unos espejuelos graduados, de patas negras. Pero no parecía molesto, más bien lucía cansado. Me pidió la pistola y las llaves. Devolvió el arma a su estuche, la maleta al armario y se metió las llaves al bolsillo. Jaló una silla y se sentó entre el escritorio y la cama mirándome con los brazos cruzados sobre las piernas.

- Camila, Camila... ¿Que me hago yo ahora contigo? - Estuvimos mirándonos por unos minutos. Su mirada se fue suavizando y le nació una pequeña mueca en la comisura de los labios. No movía un dedo y yo no sabía qué hacer. Me había imaginado este momento de mil maneras distintas. Abriendo las piernas poco a poco y masturbándome frente a él, como una chica sucia para que me disciplinara. O agarrándole la mano y chupándole dedo por dedo y terminar comiéndole la polla como si fuera un dedo más. Pero aquellas fantasías se me hacían inadecuadas ahora. Su proximidad me ponía muy nerviosa y no se me ocurría cómo romper el hielo. Tanto que había soñado despierta que hasta las cosas se me caían de las manos pensando en follar con él.

- ¿Quieres un porro? - Preguntó. ¡Claro que quería! A ver si se me abrían las entendederas, pero no me imaginaba que los curas también fumaran. Yo fumaba bastante. De hecho yo y mis amigas nos habíamos enrollado varios petardos precisamente con páginas de la biblia, cuando no teníamos dinero para comprar Phillies. El papel de biblia es transparente y quema parejito, además de que puedes instruirte con la palabra mientras chupas humo. Al principio se me hacía un poco satánico pero luego pensaba en la cara que hubieran puesto mis padres si me veían y me reía cantidad. Se levantó, llegó al librero y como en un acto de magia sacó un porro de adentro de uno de los libros. Lo prendió y me lo paso, dándole una buena calada. Yo también le pegué una buena chupada antes de toser como una tonta, cosa que le causó mucha gracia. Entonces, se levantó y me tomó de la mano.



- Ven conmigo. - dijo.

Sentía que el mundo se me derrumbaba. ¿Me estaba echando de la habitación o íbamos a algún lugar? - "Haz algo rápido" me gritaba la voz en la cabeza, pero ya estábamos saliendo del apartamento y bajando las escaleras y yo empecé con mi maldita costumbre de flagelarme. Caminamos en silencio hacia la iglesia. Los árboles habían empezado a sentirse más grandes, como si fueran mis abuelos, como si bajo de ellos uno estuviera protegido. Y por allá una luna llena, amarilla y roja de la que hace salir a los locos. Todo pesaba ahora el doble, tomaba una connotación sagrada. Metió la llave en la cerradura. Entramos y prendió las luces del santuario, el olor a madera vieja y humedad me recordó el primer Salón del Reino al que mi madre me arrastraba llorando cuando chiquita. Se sentó en uno de los bancos de adelante mientras yo me quedaba parada allí, sin saber qué hacer. Dijo: - Cuando yo tenía veintidós estudiaba ingeniería en la Complutense, tenía buenas notas, mi chica, mis padres juntos, pero sentía que algo no andaba bien. Había algo roto dentro de mí y en todo. Sentía mi muerte y la de este mundo, descarnado, caótico, tan cruel y tan hipócrita como yo.- Resopló y tembló como en un escalofrío.

- Me daban ataques de pánico. Hacia cualquier cosa para acallar aquel silencio. Ponía música, cualquier cosa... para callar ese silencio y esa soledad...

Se viró y me miró fijo.

-Me sentía solo. Solo.

Bajó la cabeza, quebrantada. Ahora quien se confesaba era él y yo me sentía incómoda.

- Por eso dejé la carrera y me largué ocho años al seminario. Quería hacer lo que fuera para que ese silencio y esa puta soledad no me persiguieran más.

Se estrujó las manos y concluyó.

- No me hice cura para servir a Dios. Lo hice por miedo.- Yo lo veía mucho mayor que antes, mustio como un viejo, un viejo triste, que me estaba entristeciendo a mí.

- Y aún tengo miedo. Pero le doy gracias a Dios por permitirme ver este miedo que tengo a... - Tenía los ojos perdidos. - ... ¡A no poder ser! ... Esa es mi cruz.

Me asaltó la duda de si estaba loco y también hablaba solo cuando no había nadie.

- Sin la ayuda del Espíritu Santo no podría ver el miedo, y no se puede cambiar algo que no se ve. ¿Entiendes? - Yo no solo no lo entendía, sino que estaba muy cortada, y empezando a sentir vergüenza. Una gran vergüenza ajena.

- A veces, el simple hecho de aceptarlo, de dejar que entre la luz, hace que las cosas se te perdonen. ¿Tú no crees? ¿Tú no crees que algo superior a veces nos perdona? -

Lo último, me lo preguntó en forma de súplica, como rogando y se quedó mirándome por un buen rato. Lentamente caí en la cuenta de que no era una pregunta retórica. De veras me estaba preguntando.

-Y yo que sé... - Respondí. Me estaba empezando un mareo como de migraña. Me entraron ganas de irme. Por fin se sonrió. Creo que le agradó mi respuesta, o la forma en que lo dije. Me tomó de la mano, me subió al púlpito y me puso de frente a la inexistente audiencia.

- ¿Te los imaginas ahí sentados? Ésta es mi función. Mi teatro. Mi pago...

- ¿Qué? - pregunté, confundida.

- Por un rato yo les hago olvidar ese miedo. -

No había entendido nada. Había perdido mucho en las lagunas que creaba mi imaginación, pero aun así, me gustaba que se hubiera abierto conmigo. ¡Como si yo fuera alguien suficientemente importante y pudiera ayudarlo! Me sorprendí cuando sentí sus manos moviéndose en mis caderas y de pronto caí en cuenta. ¡Me quería templar dentro de la iglesia! No podía ser. Me iba bien que fuera bellaco y eso, pero hacerlo dentro de una iglesia era sacrilegio. Por una centésima de segundo me vino a la mente la imagen del diablo vestido de serpiente. De pronto sentí un beso en el cuello y los vellos de mis brazos comenzaron a levantarse, mientras él lentamente se frotaba contra mi espalda. El Gálatas seis uno, que le encantaba a mi madre, decía: “Restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado”. Traté de virarme, quería besarlo en la boca, jalarlo romántica por la mano y llevármelo a su cama, o a un motel, al fin y al cabo Jehová no creó el mundo para el sufrimiento, pero no me dejaba. Me sostenía agarrada por las caderas, y ahora sentía su polla dura, durísima, raspándome; casi levantándose la falda entallada y negra que me había puesto por primera vez y mi piel de gallina. - “¿Lo que no es Dios puede convertirse en Dios?” - Pensé mientras me mordía el cuello detrás de la cabeza, resollaba, y no me dejaba virarme. - Te voy a follar hasta que me digas no más, ¿Ok? - Me bajó la cremallera haciendo que la falda se deslizara por mis piernas. Sin terminar me empezó a abrir la blusa y me clavó el ajustador en las tetas, causándome una incomodidad horrible, pero al mismo tiempo me mordía el cuello y las orejas hasta que los ojos se me cerraban - Te vas a querer correr, pero quiero que aguantes lo más que puedas. ¡O te daré una buena zurra! - Susurró mientras me metía la lengua en la oreja extraviado de la sincera fidelidad a Cristo para colmo empezó a jugarme con los pezones, el muy puerco se babeaba los dedos y me los mojaba, y me rompió los botones de la blusa que me había costado carísima, y yo “Ay que me excito aquí mismo, una zurra que rico” y miraba los bancos y me los imaginaba repletos de gente mirándome seria y rezando, la gente ofendida, otros aplaudiendo, los muy envidiosos, entonces me quitó los pantis lentamente y me hizo subir a la mesa del altar y no pude evitar girarme a verlo, y ya no era él, tenía la camisa y las pupilas abiertas, y el cabello revuelto como un pirado del manicomio, afectado por la luna. El pecho y los brazos ahora se le notaban fibrosos, los músculos tensos, como un animal, una fiera lista para saltarme al cuello, vistamos las Armas de la Luz, andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias y me dio un escalofrío su expresión pero no me atreví a decir nada porque se me olvidó en medio de un gemido cuando me pellizcaba el pezón izquierdo. Me empujó la cara a la mesa y me pegó la cabeza al mantel, para que me pusiera en cuatro patas sobre el altar y allí en cuatro patas con el coño abierto de par en par, mi cuerpo seguro se veía demasiado blanco, bajo el candelabro de techo, y soñé que yo era el cordero divino y que una fiera estaba a punto de saltarme encima y quizá podía escaparme y tocar en la puerta de enfrente, y gritar el padre me quiere violar, y mi hermano preso vendría a ayudarme, pero él estaba allí detrás de mí, esclavos de concupiscencias y deleites diversos mirándome abierta, mostrándole todo, indefensa, había una corriente de aire, y sentía frío, el coño y las luces calientes arriba y aquello olía a madera vieja y a gente y a mi sexo sucio de trabajar todo el día entonces se lamió los dedos y abriéndome por detrás me metió un dedo, mientras decía con una voz que no era de él - Te has portado mal Camila. ¡Me has chantajeado, has entrado a mi cuarto sin permiso y has registrado mi closet! - Ese dedo me estaba hurgando el alma. Pernicioso, me la movía de lugar a lugar y mientras mi cuerpo se arqueaba, oía

la voz de mi madre en mi cabeza, nunca permitas que la fornicación y la inmundicia se mencione ante ti, mi madre que jamás se había metido un dedo tan rico, un dedo que entraba y salía, abriéndome el coño, y el frío del aire acondicionado y los escalofríos y las piernas que me temblaban pero esta vez no le hice caso y le miré de reojo y tenía la polla en la mano, enhiesta, dura y se la estaba moviendo y del pellejo como de jicotea le salía una cabeza morada que latía y que ahora me parecía aún más enorme que la primera vez entonces me soltó una nalgada que me hizo gemir, y casi me vengo ahí mismo, muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros pero me viró la cara hacia adelante de nuevo, el muy tosco. - ¡Te dije que no me mires, perra! - Y antes de que pudiera respirar sentí un segundo dedo largo que se me clavaba en el coño, y entraba y salía a su antojo. No podía. Iba a venirme en cualquier momento, porque esos dos dedos crueles me abrían, me hinchaban, me hacían vibrar las paredes, lacerantes, primorosos, pero él me había prohibido correrme y me daba miedo su furia y mi madre allí mirándome Camila como nos haces esto mira que tu padre está muerto Santiago gritaba ahora con voz poseída. - ¡Has tomado drogas, Camila, eres una yonki, una putita muy sucia, y como tu instructor religioso, no te lo puedo permitir! - Me espantó otra nalgada, que me estremeció y casi me tumba de la mesa. Y entonces llegaba como por la gracia de Dios un tercer dedo que me estiraba el coño más aún, atorándose, entrando y saliendo como un serrucho salvaje, vertiginosamente, “y yo que esta vez sí me vengo, de que me vengo me vengo”, y creo que hasta un poquito se me salió pero apreté los labios lo más que pude para no venirme, y sentí que me caía un líquido por las nalgas, un líquido caliente que me bajaba en una cascada por el ano y me rebosaba el coño y empezó a mojar de rojo carmín el mantel blanco, y me pregunté - “¿Pero esto qué cosa es?” - Y tuve que mirar. Era vino rojo y él lo estaba vertiendo desde un cáliz, y sorbiéndolo y succionándolo de mi coño abierto, y me encajaba la lengua hasta adentro, embarrándose la cara, y la barba y mi padre mirándome con esos shorts no vas a ningún lado porque pareces una puta y el vino tinto y la lengua caliente que me atacaba el clítoris y me lo aprisionaba entre los labios, y me lo rebosaba como una chupeta de niña y mi coño henchido que no podía crecer más y casi se explotaba de placer y la gloria y el poder estén con ustedes hermanos hasta que me corrí como una zorra sobre el mantel carmín frotándome con su lengua mientras escuchaba en mi confusión, una voz rabiosa que me decía - ¿Por qué lo has hecho? - ¡Te dije que no te podías correr como una puta, y ahora te voy a dar tu merecido! - Y mientras yo aún me estaba viniendo, me daba con la palma de la mano en el chocho y Jehová es el único Salvador, mis gemidos, el eco, los buenos resucitarán y los malos desaparecen el diablo se encaramaba como un mono sobre la mesa y me hundía aquella enorme polla morada latiendo en lo más profundo del coño por los siglos de los siglos, hasta que las piernas se me doblaban y solo me mantenía sujeta jalándome la trenza como a una yegua salvaje no volvisteis al redil la descarriada, ni buscasteis la perdida, sino que os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia metiéndola más y más rápido y más y más profundo sin misericordia mientras yo gritaba y gritaba y en aquella iglesia el eco se resbalaba por las paredes e inundaba las banquetas, y ahogaba las caras de mis padres y las de las viejas putas sentadas sobre sus enaguas con sus escapularios y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor y yo entraba en el reino de Los Cielos siendo empalada por un ángel lindo, un ángel con una polla deliciosa y dura, inclemente, un Satanás caído y triste que me cabalgaba entonando un dulce Aleluya, y me follaba para toda la eternidad hasta que grité: -¡Dios, no más! ¡Ya por Dios!

- El Pramipexol y el Naltrexone están bien. Pero el Tranlylcypromine me lo dieron de quinientos y yo lo necesito de mil, si no... ustedes saben lo que pasa... -. Uno de los nombres me sonó familiar. Milagros estaba alterada hablando por teléfono supuse que con la farmacia. Me dejé caer en la butaca de la esquina. Estaba hecha talco después de aquella noche. Santiago había insistido en que no podía quedarme a dormir con él porque tenía una reunión importante, y me había tenido que ir con mi peda manejando hasta el apartamento de Gustavo; para luego pasarme hablando y tomando con él hasta las cuatro de la mañana. Mi amigo pensaba que yo era una loca, y me había regañado por no cuidarme, so pena de agarrar algo, como le había pasado a él. Milagros terminó su conversación y puso uno de los frascos sobre la mesa y entonces me di cuenta. Eran las pastillas que había visto en el secreter de Santiago. "Ustedes saben lo que pasa", fue la frase que me preocupó, porque en su gaveta los frascos estaban sin abrir. ¿Qué pasaba si no era de mil?

Todo se me olvidó porque tuve que sacar la basura, limpiar los muebles, organizar un closet y luego acompañar a Juan a una lavandería de monedas. Cuando salíamos vi a un cura calvo, de sotana y espejuelos, bajando las escaleras del apartamento de Santiago. Debía ser con el que Santiago había tenido la reunión. Le pregunté a Juan quién era. - Es Monseñor Arias. Siempre viene a conversar con el Padre Alcázar. Es como su tutor. - Seguimos andando, nos montamos en el auto y manejamos hasta la lavandería. Cuando llegamos, Juan entró y yo me quedé fumando afuera, mirando caer la lluvia. Me sentía plena y relajada, y observé cómo la sensación de bienestar de pronto crecía en mi pecho como cuando era niña y nos íbamos con mi hermano a la feria. Sentí uno de esos escalofríos deliciosos que te auguran cosas buenas. El mundo esbozaba nueva frescura. La vida me había tomado olor a jazmín. El pobre Juan con su eterna pachorra, andaba más dormido que de costumbre, hablando de Dios con la Jamaiquina gorda dueña del lugar. Los gordos cuando se juntan son aún más lentos. Luego de un rato, decidí echarle una mano con la ropa en la lavadora y vacié la bolsa en el suelo. Si no lo hacía, no terminaríamos nunca. Lo tire todo en el piso, habían togas, camisas y pantalones y en el fondo el mantel del altar. Me avergoncé y traté de taparlo pero un segundo después razoné. Juan no tenía forma de saber nada. Entonces pretendí no prestarle mucha atención. Él me ayudó a recoger, pero cuando vio la mancha hizo un gesto de fastidio: - Válgame, de nuevo el vino... - Lo había dicho sin malicia, pero lo capté de una vez. No era la primera vez que tenía que lavar el mantel. Le pregunté: - ¿Juan al padre se le ha botado el vino anteriormente? - Me miró asombrado y dijo - Varias veces... ¿Por qué? - Entonces el frío que me había subido por el espinazo se me fue expandiendo hasta el pecho y ya no escuché más nada sino el rugido que hacía la sangre corriendo por mis venas, y el rechinar de mis dientes. Lo había hecho con todas ese hijo de puta. Las había encaramado a todas en esa mesa, y se las había follado a todas igual que a mí.

Trabajé el resto del día con el pecho enquistado. Milagros no osó preguntar nada. A las cinco agarré mi cartera para largarme de allí para siempre. Era lo más inteligente. Empecé a caminar hacia la estación del bus cuando escuché algo que se me pareció al graznido de un cuervo. Era Milagros llamándome. Me invitó a sentarme en uno de los banquitos de mármol del jardín. Yo me quedé parada donde estaba. Esta vez trató de empezar más suave.

- Hija, ¿Tú estás segura de lo que estás haciendo?

Traté de parecer sorprendida, aunque la actuación nunca ha sido mi fuerte.

- No sé de qué me habla, Milagros.-

- ¿Ah, No sabes? - Me miró de arriba a abajo como para restregarme su desconfianza por la cara.

- Casualmente la llave del apartamento del Padre Alcázar que mantenemos para emergencias en la oficina, hoy apareció en otra tachuela, no en donde yo siempre la cuelgo. - Recordé haber dudado si era la tachuela roja o la verde. Finalmente había tenido que adivinar.

- ¿Y eso que tiene que ver conmigo? - Pregunté quizá un poco sobreactuado. Mis manos se fueron a mis caderas.

- Supongo que nada. No te estoy acusando. - Miró hacia el otro lado, despreocupadamente.

- Bueno, entonces hasta mañana que se me va el bus - Me di la media vuelta.

- Quién quiera que haya sido, debería estar al tanto de las consecuencias que tiene ser acusado de acoso a una figura tan importante como es un cura. Eso siempre termina en órdenes de alejamiento y obstaculiza la búsqueda de nuevos empleos... -

Me regresé con mi cartera. Esta vieja me estaba amenazando.

- Claro, eso solo pasaría si se enteraran en la Diócesis. Que Dios sabe que allí va mucha gente importante como el jefe de la policía del Condado de Broward y la fiscal general. Una americana muy bonita. Alta... -

Quizá no esperaría a que me acusara y le rompería la cara aquí mismo. Ella no sabía quién era yo.

-Pero eso no va a pasar. Porque aquí no queremos hacerle daño a nadie. A veces pasa que la gente es joven, incauta y confunde las cosas. Por ejemplo confunden un capricho juvenil, una pasión... con el amor. Eso se da mucho. -

Quería arrastrarla por él estacionamiento. Me hablaba como si yo estuviera en kínder y no me diera cuenta de su chantaje senil.

-Y lo peor es que no se dan cuenta de que están siendo utilizados... por otros que aunque son gente de bien... están enfermos.

La última frase la dijo mirándome a los ojos fijamente. Creo que la miré con puro odio. "¿Qué pinga hablaba esta vieja decrépita? Primero atreverse a amenazarme, y luego cuestionar mis sentimientos. ¿Qué cojones sabía ella si yo quería de verdad a Santiago aunque fuera un jodedor? Al fin y al cabo Santiago era un hombre, y a todos los hombres les gusta singar y pegar tarros. La única diferencia es que él era católico. Más nada. Además había llamado a Santiago "enfermo" y

estaba hablando mierda. Pensé en las pastillas de nuevo y me preocupe pero no podía mencionarlas o me delataba.

- ¿Y qué tipo de enfermedad es la que tiene?

- Una enfermedad mental. Esas son las peores. Sobre todo cuando incluyen problemas de adicción. - ¡Que vieja más loca! Entre un adicto y Santiago, había un mar de diferencia. Nada más había que mirarle la piel y te dabas cuenta de que estaba sano. Estaba hablando mierda. Probablemente la que sí tenía Alzheimer y ataques de demencia senil era ella. De cualquier manera, con lo que yo había descubierto hoy de Santiago, probablemente no regresaría a trabajar aquí.

- ¿Ya terminó? Porque se me va el bus. -

Me giré rápidamente y a zancadas me alejé, dejándola con ganas de decir algo más. Caminé hacia la estación del bus que quedaba a tres calles de distancia. La cabina, que apenas me resguardaba del sol atroz de la Florida, olía a orines, y una costra negra se había sedimentado bajo el único banco donde me podía sentar. Era la hora pico y cientos de autos me pasaban justo por delante. Me puse a fisgonear quién iba dentro. Podría sacar la mano ahora mismo y escoger a cualquiera de esos tipos que manejaban y podría fácilmente convertir a esa persona en un ser especial en mi vida. Lo pararía sin pena como hacen las putas. - "¿Hola, quieres tomar algo?" - Quizá más adelante nos casaríamos, tendríamos ocho hijos y compraríamos una casa de cerquita blanca. Yo lo esperaría vestida como Martha Stewart, con una limonada en la puerta; y cuando los niños no estuvieran me pondría un ligero rojo bajo el delantal y follaríamos sobre la lavadora. ¿Pero, qué valor podía tener mi selección? En un mundo de siete billones de hijos de Dios que comen y cagan; todas almas celestiales, únicas e irremplazables ¿Podría existir alguien especial o divino que fuera mi media naranja? ¿O todo eso era auto sugestión creada por la gente que quiere vender globos el catorce de febrero?

Según mi madre, a lo más que una podía aspirar era a un tipo que no me pegara y quizás ni a eso. Un hombre ahí, tomando cerveza, eructando y tirándose pedos en el sofá. ¡Ese era mi padre, no la mentira esa que nos vendieron las películas de Hollywood!

Seguía pasando gente. Una enfermera aburrida arreglándose el maquillaje en el retrovisor. Un viejo gordo y un jovencito con la cara llena de acné en un camión de recogida de escombros. Una pareja de negros en un Volvo, con su bebé durmiendo en el asiento de atrás. Cientos de miles de mortales, quizá hasta algunos buenos. Médicos, zapateros, santos, violadores. ¿Cómo podría un dios mantener el inventario de sus buenas intenciones, de sus maldades, de si eran maricones o habían tenido abortos? ¿Y si Dios existiera quien puede ser tan vanidoso y tan comepinga de creerse merecedor de su atención, mientras los negritos en África se mueren con la barriga llena de parásitos? ¿Son acaso inferiores esos negros a nosotros? Pero lo peor es la petulancia de la gente que asume entender y poder interpretar los designios y la moralidad del Todopoderoso. Si Dios es lo más inteligente que existe, Rey y Señor de las galaxias... ¿Cómo podría alguien con el cerebro de hormiga que tenemos los seres humanos, entenderlo? Y menos poner en práctica sus supuestos preceptos morales. Nunca existirá pureza mientras exista el ser humano. Además, ¿Cómo alguna gente se siente que la suya es la interpretación correcta de un libro de metáforas, que fue escrito hace miles de años cuando el lenguaje y los símbolos eran otros? Un libro que habla de la paz y el amor al prójimo mientras en la inquisición los católicos les echaban plomo derretido en la boca a los herejes y hoy en día lo seguimos haciendo con misiles de larga distancia montados en Drones.

Buena mierda. Si Dios existiera, esta historia tendría un final feliz.



Tuve que regresar al otro día en el autobús contrario porque Gustavo se había quedado a dormir con un novio. Irónicamente, se me había pasado un poco la rabia después de hablar con la vieja loca de Milagros. Cuando iba a tocar la puerta de la oficina vi al hijo de puta bajando de su apartamento, vestido de civil. Caminaba absorto y volteó la esquina, así que le seguí, dejando al menos una cuadra de distancia como había visto en las películas. Caminé tres cuadras y entré en un Burger King. Me pareció extraño. Eran las ocho de la mañana y él no me daba el tipo del que desayuna en un lugar como esos. Decidí esperar a ver. Esperé más o menos cinco minutos y luego algo me dijo que fuera por la puerta de atrás. Circundé el Burger King y efectivamente había salido por la puerta trasera y ya me llevaba al menos media cuadra más de distancia, luego dobló a la esquina y cuando lo alcancé, frente a mí estaba el club de bailarinas exóticas, "Tootsies".

Salió a la media hora acompañado de una jovencita quizá un poquito mayor que yo, que cargaba una bolsa de marca. A juzgar por su minifalda de cuero negro era una de las bailarinas. Se lo había montado bien, y probablemente se ganaba buen dinero extra, follándose a los clientes la mañana después de bailar. Por un segundo pensé en entrar allí a pedir trabajo. Quizá entonces él me desearía. Los seguí de lejos para que no me vieran. Se separaron y cuando llegaron cerca del edificio, él la fue dejando atrás, y subió las escaleras. Ella se quedó merodeando, haciéndose la tonta y luego subió. Juro que pensé en matarlos. Podría abrir la puerta con un gancho de pelo, y luego mientras follaban, entrar furtiva al closet y silenciosamente sacar la Walther de la maleta gris, entonces hubiera esperado a que él estuviera listo para correrse y justo un segundo antes le dispararía un tiro exactamente en los testículos. Entonces habría una explosión de semen y sangre que mancharía todo el cuarto y cuando llegaran los paramédicos se encontrarían a la chica allí con la cara pintada de rosado por la sangre y el esperma, gritando histérica. Cuando llegaran a sus casas se lo contarían a sus esposas y se mandarían fotos los unos a los otros por teléfono utilizando el extenso catálogo de sus expresiones - "¡Oh my God bro! ¿Viste eso, bro? ¡Qué locura bro!" - .

Otra opción no menos valiosa era volarle los sesos a ella antes de la inminente eyaculación de Santiago. De esa forma el colofón de su carrera pastoral, sería un ignominioso acto de necrofilia. Se correría dentro del cuerpo de una muerta. Por supuesto yo traería a todos los curas de la Diócesis y a la prensa, y les mostraría a Santiago en cueros con su enorme polla dentro de la muerta y gritaría:

- "¡Miren, miren al apóstata! ¡Díganle al Vaticano que trate de encubrir esto si puede!"-. Me reiría hasta mearme y todo saldría en el noticiero de las seis.

Estos pensamientos me hacían feliz pero en un momento recaí. Los dos estaban metidos en el apartamento follando y yo afuera soñando estupideces. Subí las escaleras y llegué a la puerta. Pegué la oreja pero no se oía nada. Seguramente le estaba haciendo a la chica lo mismo que me había hecho a mí. Sin pensar, toqué la puerta y luego corrí a esconderme. Quería cagarme en sus muertos pero al mismo tiempo me daba miedo enfrentarlo. No había practicado qué decir. Regresé dos minutos después cuando nadie me respondió. Seguro estaban singando allí, sobre la cama. Ella encima de él, colgándose de su enorme polla, al igual que hacía con el tubo de stripper cada noche. En ese patio no hubo una piedra suficientemente grande o dura para romper esa puerta. Y miren que traté. Traté y grité hasta que los pulmones me dolían y mis babas corrían por la madera. Cuando ya tenía las uñas rotas y negras y pensaba que él no iba a salir. La puerta se abrió.



Obviamente se había revolcado con ella, porque en su cuello había trazos de pintalabios y estaba descalzo. Sentí su aliento a alcohol. Me miró sin odio. Con aquella mirada dulce y limpia que me había cautivado la primera vez. Traté de limpiarme la cara, pero ya era tarde. Me sentía muy vulnerable, y tenía el maquillaje corrido.

- Si lo vas a hacer con otras por lo menos quiero estar presente. - dije.

Me miró sorprendido midiendo la solidez de mis palabras. Siempre he sido irreductible. Lo hubiera perseguido hasta el fin del mundo. - ¿Estás segura? -Había una amenaza implícita y sus palabras me dieron miedo. Realmente no esperaba que abriera la puerta y había dicho lo primero que me había venido a la cabeza.

- ¿Y si te pones celosa o algo no te gusta, cómo sé que no me vas a acusar?

- Pues, eso depende... - Me había envalentonado, y trataba de ensanchar el rango de mis posibilidades.

- ¡Acúsame entonces! - dijo rápido y jaló la puerta para cerrarla.

- Espera... - lo dije automáticamente. No había esperado esta reacción. ¿Qué había pasado? No había sido tan valiente la primera vez que lo extorsioné. Volvió a abrir, y su actitud era muy firme, casi militar.

- Camila, o entras o te quedas fuera. No voy a comprometer mi libertad por el capricho de nadie.

- Yo no...- traté de defenderme pero me interrumpió.

- ¿Tú lo harías? ¿Pondrías tu libertad en las manos de otro?

- No - Respondí. Realmente no había entendido bien la pregunta porque aún trataba de adaptarme a su nuevo papel. Además, ni remotamente me había preguntado cosas así.

- No tengo por qué hacerlo tampoco. Tú viniste por tu libre albedrío. ¿Yo te he obligado a hacer algo que tú no quieras hacer?

- No. - Sentía que me estaba despojando de todas mis armas.

- Tú eres una chica grande. Ya deberías saber lo que quieres. ¿Entonces?...-

Esperaba como hacen los vendedores. No hay peor presión que el silencio. Había cambiado las reglas del juego y tenía todas las cartas. Ahora entiendo su voz áspera y cauta al mismo tiempo. Pero en ese momento, no me di cuenta de que era un experto caminando en la cuerda floja del desapego. O entraba o me quedaba afuera. Siendo como soy, por supuesto decidí entrar.

El pasillo hacia el cuarto se me hizo interminable. Algo en mí ya intuía que había caído en una trampa pero aun así, la piel se me encrespaba por la anticipación. La chica estaba sobre la cama con el pelo revuelto y el pintalabios corrido. La minifalda y su blusa descansaban encima del escritorio. Estaba en bragas y sostenes y cuando entré se tapó las piernas con la sobrecama. Era bonita, muy blanca, con la melena roja y unos ojos azules enormes. Era más flaca que yo y tenía un tatuaje que le cubría la parte derecha del torso. Un tigre perseguía a una rosa.

- Camila this is Irina. - dijo Santiago.

Le saludé con un movimiento de la cabeza que sentí impostado, y ella no me lo devolvió. Sus enormes ojos de lechuza me calculaban fríamente. Santiago cerró la puerta. Yo sentía el brote de adrenalina que me hacía sudar las manos y la parte de adentro de los muslos. Tenía la boca reseca y me pasé la lengua por los labios. Sobre la mesa había un cubo de hielo con anillas y adentro una botella de vino ya abierta. Los tres nos miramos. Pasaron unos minutos y nadie movía un dedo, así que decidí tomar la delantera. Siempre he sido así. Perder contra esta piruja se me hacía patético. Bruscamente me acerqué a Santiago y traté de besarle. Quería que ella me viera y supiera que lo suyo era temporal, lo mío para siempre. Pero medí mal el impulso y le pegué un cabezazo seco en la barbilla. Él dio un paso atrás y agarrándose de los hombros dijo:

-Perdona Camila, creí que lo tenías claro. Tú solo estás aquí para observar. Si me vuelves a tocar te vas a casa -.

Apuntó a la única silla que había en el cuarto. Estaba hablando en serio. El corazón se me estrujó. ¿Por qué luego de haberme hecho el amor me cambiaba por esta puta de cuarta? Miré con odio a Irina y ella me observó con aquella mirada acuosa, tan fría que congelaba la sangre. Creo que él notó que estaba rabiosa pues me apaciguó masajeándome la cara y dándome un empujoncito hasta que caí de nalgas en la silla. Entonces, se sentó en la cama y mirándome con los ojos picaros, esbozó una sonrisa. Estaba gozando el muy cerdo. Con la mano derecha destapó uno de los pies de Irina y comenzó a caminarle con dos dedos por la pierna, aun mirándome. Irina solamente lo observaba y uno de los tirantes del ajustador se desprendió lentamente de su hombro, dejando uno de sus senos al desnudo. El pezón era rosado, no como los míos que eran color café. Afuera, un pájaro carpintero repiqueteaba sobre el techo. Santiago trató de imitar el repicar con sus dedos, pero iba demasiado rápido y él pequeño hombrecito que formaban sus dedos, tropezó y cayó enredándose contra las bragas de Irina. Estaba jugando. Jugaba conmigo. La caída era una señal, porque Irina procedió a quitarse las bragas que se deslizaron piernas abajo, hasta que él las recogió. Me las tiró y me dieron en la cara. Me levanté asqueada y furiosa, lista para tirarles el cubo con la botella, para matarlos a los dos, para largarme, pero su mirada impassible me hizo tragarme mi orgullo y allí me senté de nuevo. No podía irme y dejarlo en manos de ella. No podía.

Riendo, se tumbó de espaldas. Le susurró algo a Irina al oído, y esta como un felino se irguió y comenzó a besarle el cuello. Al parecer tenía instrucciones precisas, porque despreocupadamente comenzó a pellizcarle el torso. Pellizcaba duro, dejando pequeños coágulos de sangre cuyo destino eran moretones. Pero él parecía gozar, porque aunque se quejaba no le pedía parar. Ella lo hizo por todo el pecho. Yo no podía quedarme tranquila y cambiaba de posición en la silla continuamente. Varias veces estuve a punto de gritarle - ¡Para, que le estás haciendo daño! - pero no quería que él se enfureciera. Luego le comió la boca. Le pasaba la lengua por los labios,

lasciva y me miraba con aquella mirada acuosa, instintiva, tan fría como la luna. Quería sacarla al aparcadero por las greñas y patearle la boca. Le gritaría: ¡Regresa Puta, a tu país de mierda! - pero no lograba levantarme de aquella silla. Era como si estuviera clavada a ella. Quería ver lo próximo que le iba a hacer esa sucia a mi macho. Solo un segundo más, me quedaría, solo para ver el próximo mordisco, el próximo arañazo, para cagarme en su madre, el próximo era el que me iba a excitar y a enfurecer al mismo tiempo. El próximo. El próximo. Irina, se concentró un rato en mordisquear sus tetillas. Se las jalaba con los dientes dejando prendidos hilos de baba, que volvía a recoger en la próxima embestida. Santiago estaba enardecido pero no la tocaba. Solamente de vez en cuando hacía algún sonido exaltado. Yo seguía con los ojos el movimiento de su lengua, sin perder ningún detalle. Cuando terminó de chuparle las tetillas él las tenía moradas y yo estaba empapada. Sin darme cuenta me había empezado a acariciar mis propios senos, apretándolos entre mis codos. Pero cuando ella me miraba trataba de disimular. Ahora Irina bajaba hasta su abdomen lamiendo los cuadritos de su estómago, lamiendo y huyendo, mordiendo, causando dulces aullidos. Él estaba bien empalmado, cosa que me causaba tremenda envidia porque ella lo había logrado muy rápido. El la llamó y le susurró algo al oído. Debe haber sido algo gracioso porque ella me miró y soltó una sonora carcajada. Acto seguido gateó hacia delante y mirándome fijamente le sacó la polla a Santiago del pantalón. Inmediatamente aquella maravilla se arqueó hacia la izquierda. Yo jamás la había visto desde este ángulo, y sentí una oleada de electricidad que me invadió desde el pubis, causándome un cosquilleo delicioso, que como un resorte me hizo abrir las piernas. Irina me miró, y sonrió. La agarró entonces con una mano y comenzó a menearla como un péndulo mientras me dirigía unas palabras en el idioma ese. Al parecer notaba mi angustia, y esto le parecía gracioso. De un golpe se la metió en la boca y con un respiro la engulló hasta lo más profundo de su garganta. La tuvo adentro por unos segundos y luego la sacó a la superficie. Tenía los ojos aguados por el esfuerzo. Me retaba. Quería demostrarme que ella era una maestra, y que yo era solamente una chiquilla. - ¿Do I share yet or no? – Se rió, preguntándole a Santiago. Esto me dio esperanzas porque sugería que en algún momento me dejaría compartirla con ella. Pero él respondió negativamente. - Just play.- Entonces Irina procedió a darle la mamada más magistral que yo he visto en mi vida. Empezó suavemente al principio, dando lengüetazos tímidos por los costados del glande. Luego, la empapaba de saliva y se la volvía a tragar. Zigzagueaba como una culebra alrededor de la cabeza, la rebosaba y la embutía en los confines de su boca deformando su expresión, mientras con las dos manos la masturbaba salvajemente. Lo hacía con una pasión indómita y si bien yo había practicado bastante, ella era una virtuosa. A Santiago obviamente le gustaba porque le oía resollar cada vez que ella se la zampaba con un deseo suicida metiéndosela a la fuerza en los confines de la garganta. Ya no me importaba su presencia, mis defensas se habían desmoronado y sin darme cuenta me había escurrido por la silla, para estar lo más cerca posible de la cama y de ellos. Además, mis dedos habían creado un surco húmedo en el medio de mi braga, y sospechaba que tenía los labios menores totalmente afuera porque la tanga era bastante pequeña. Uno de mis senos se había salido de la blusa; no sé en qué momento, y el pezón apuntaba hacia el techo. Lo necesitaba, me estaba perturbando, así que me quité los tacones y sin que ella se diera cuenta, con la punta de un pie, comencé a tocar el de Santiago. Mi roce era una súplica, “apiádate de mí, déjame participar, me portaré bien”. Al principio movió los pies fuera de mi radio de acción. Tuve que acercar más la silla a la cama y le volví a tocar. Me sentía mal. ¿Hasta cuándo iba a durar esta humillación? Pero en uno de los momentos en que Irina se retorció pude ver su mirada perdida posarse en mí. Entonces levantó la pierna izquierda y mientras Irina seguía atareada, lo recostó al borde de la silla, precisamente entre mis piernas. Segundos después me había acercado el dedo gordo del pie al centro de la braga. Al principio no

se movió, como explicándome sin palabras que iba a tener que hacerlo yo. Gemí y apresuradamente decidí que del lobo un pelo. Mis caderas comenzaron a contonearse hacia adelante y ya no tuve manera de contenerme. Me frotaba la vulva con el dedo de la mejor forma posible. Subiendo lo sentía divino, pero bajando la uña dura, casi me desollaba. Aunque me encantaba el roce, después de un rato, mi cuerpo no se conformaba con eso. Irina no me estaba mirando, así que me saqué la braga de lugar, y con la ayuda de las dos manos procedí a meterme su dedo gordo en el coño. Esto no era muy funcional, porque los demás dedos entorpecían la entrada del dedo gordo, que aunque largo, necesitaba más alcance. Era como follarse a un pigmeo, pero al menos era mejor que nada. Como su pierna no oponía resistencia decidí alternar entre introducirme el dedo y usar los dedos pequeños como brocha sobre mi clítoris. Esto ya funcionaba mejor, y estaba empezando a gustarme. Los dedos pequeñitos me causaban mucha cosquilla. Había cerrado los ojos y dejado la cabeza caer hacia atrás. Aquello era diferente. El mero contacto de su piel, me encantaba. De pronto sentí la pierna dura, inamovible. Ya no podía manejarla a mi antojo. Abrí los ojos. Irina se le había montado a horcajadas sobre la polla, de frente a mí y se la estaba metiendo con una sonrisa que mostraba la división entre sus incisivos frontales. Hacía sonidos extraños, mezclaba su idioma con el inglés, y sonaba ridícula. Ya mis pequeños demonios comenzaban a aparecer, "¿Por qué ella sí y yo no? ¿Será que no me porté bien la noche anterior?" - Mientras pensaba, la pierna había empezado a tomar una dirección sur que no me gustaba para nada. Trataba de subirla, pero estaba empecinada y empezó a tantear el lugar menos indicado. Me debatí, pero perdí las riendas cuando miré hacia Irina. Quedé extasiada. Hasta ahora no había visto el pequeño coño de Irina. Era tan flaca que tenía el bollito muy estrecho y aquella monstruosidad de polla le abría el chocho como si fuera de plastilina, desfigurándolo completamente. Me imaginé a mí misma siendo empalada de esa manera, viéndome tan fea, tan sucia, tan ridícula como se veía ella, y me puse demasiado caliente. Urgida empecé a tocarme y ahora siendo penetrada por aquel dedo gordo, mi acceso al clítoris era mucho más fácil, estaba hirviendo y veía aquella polla desgarrando a Irina y a él sonriendo con los ojos idos, así que me corrí. No sé si me habrá oído, y fue por eso que paró, pero empujó a Irina que cayó de rodillas en el otro lado de la cama. Se bajó de la cama y se arrodilló en la alfombra, empujó la silla, me agarró la cara y acurrucó mi cabeza en su pecho tiernamente. Sentí su aliento a vino. Bajó la cara y me besó. Me besó en la frente como un padre, en la cara, en la boca, y me sacó la blusa. Lo mejor es que había dejado a la puta esa de Irina abandonada. Yo aún sentía los estertores de mi orgasmo y me sentí por primera vez mimada. Por primera vez. El me besaba vehemente, y me vino a la cabeza que en la iglesia jamás nos habíamos besado en la boca. Había sido todo mucho más animal. Pero me besaba ahora. Ahora su lengua entraba en mi boca y se contorsionaba, volteándose, batiéndose y luego escapando. Estábamos los dos arrodillados yo aún con los pantis fuera de lugar, en falda y zapatos y él desnudo. Oía su sudor, las gotitas que le rodaban desde en el triángulo de la clavícula. Tomé un poco de control y le aguanté la cara y jugué con su lengua... y otro cuerpo me rozó. Había agarrado a Irina por la coleta y la había jalado a gatas hacia mí.

- ¿Has estado con una chica antes? - Tenía los ojos muy vidriosos y la respiración entrecortada. Me asusté un poco, porque me sonaba a propuesta.

- No - Dije. En realidad me había besado un par de veces, pero había sido bajo los efectos del alcohol y en un club. Nunca me había atrevido a ir hasta el final. Me empujó la boca contra la de Irina. Cuando sentí tocar sus labios a los míos, di un brinco y eché la cabeza violentamente hacia atrás. Me sentí asqueada, no tanto porque fuera una chica, sino porque me caía mal esta tipa que no tenía derecho a estar ahí.

- ¡No quiero! ¡Te he dicho que no! - Me levanté.

-¡Tranquila, mujer! Tranquila - Me apaciguó él, recogién dose. - Que nadie te va a obligar. ¡Ya está! ¡No es no y se acabó! -

Irina me miraba con sus ojos grandotes como calabazas, y lo miró a él asustada, como preguntándole algo con la mirada. Él hizo una seña de que se relajara. Irina se subió sobre la cama y se apoyó contra la pared. Santiago me agarró la cara y me besó en la boca. Me chupaba los labios y yo estaba en el paraíso, conectada a él por algún cordón umbilical divino. Sus labios jugaban al escondite. Me mordía suavemente y reculaba dejándome deseando más. Poco a poco se me fue colocando detrás y me levantó la falda. Por debajo del vestido me hurgaba el coño. Me mordía el cuello. Finalmente empujó la tanga a un lado y me la metió. Se movía lento detrás de mí y yo sentía un rayo que me atravesaba el abdomen y me hacía partirme en dos. Esto iba más allá del puro placer, yo había entrado en un mundo familiar, que me recordaba algo de mi niñez. Era como entrar en un estado de balance, donde lo notaba todo más vivo, me sentía las extremidades, y el tiempo pasaba más lento, ya no pensaba, ya no existía.

Me cabalgaba duro y aquella polla entraba hasta el punto donde el dolor y el placer se mezclan haciéndose insoportables. Me pellizcaba los pezones, me toqueteaba las tetas. Yo colisionaba con su pelvis, furiosamente. Ya no me importaba que Irina me mirara, nada. Solo me importaba sentir. Sentirlo todo. Sentir el universo al unísono en un solo momento. Sentir aquel rayo de luz que me partía en dos y me convertía en un aliento. En mi embriaguez, no me percaté de que ella se había movido hacia adelante siguiendo una señal de él. Ligeramente como una gata, se sentó en el filo de la cama y abrió las piernas. Entonces Santiago me abrazó con la mano derecha aprisionándome los brazos y con la izquierda me agarró del cabello, sin salirse de mí, me empujó hacia delante y me acercó la cabeza peligrosamente al pubis de Irina. - ¡No, con ella no! - Me debatí y pateee horrores. Me cagué en su descendencia. Pero no me sirvió de nada. Él no me soltó hasta hundirme la cara en el sexo abierto de Irina, que ahora se reía a carcajadas. Aquel coño rubio sabía salado y olía fuerte a hembra.- ¡Saca la lengua! - Me instaba él, pero yo trataba de mantener la boca cerrada a toda costa aunque ya tenía los labios de su vagina restregándome la nariz. Incluso pensé en morderla, pero se desplazaba tan rápido por mi boca que no tenía donde afinar los dientes. - Camila, ¡Saca la lengua! ¡Joder, no me hagas pegarte! -. Sus embestidas se hicieron rápidas, y seguidas, hasta que no pude más y tuve que gemir. Mis labios se abrieron y el placer era tanto que no tenía control de mi cara, ahí, Irina se explayó a moverse y a restregar su clítoris con mi boca. Me pasó eso que me había pasado varias veces de niña, que me veía a mí misma en el cuarto, follando, desde arriba, como si fuera otra persona colgada de la lámpara y allá abajo estaba yo. Pero no era yo. Ya yo no estaba en aquel cuerpo que se movía y gritaba solo. Era un cuerpo vacío. Yo estaba afuera mirándolo todo diciendo “¿Cómo haces eso Cami, eso está mal, que va a decir tu mamá, y abuelita Clara y los Testigos?”.

Y en ese momento fui testigo de mí misma, o más bien de ese cuerpo de hule que no era yo y que sacó la lengua y lamió el coño de Irina irrefrenable, empujando la cadera hacia atrás hasta que los dos se corrieron.

-¿Te pasa algo? -

Gustavo me miraba como a un experimento científico, acostada boca arriba sobre el sofá.

- ¿Hoy tampoco vas a ir a trabajar? Ya había faltado dos días.

- Estás muy rara... a vos te pasa algo. ¿Me vas a decir qué es? -

Se quedó parado frente a mí.

- No te importa -. Refunfuñé.

Me miró como un abuelito. Solo era seis años mayor que yo, pero me trataba como un padre tolerante. Hacía cualquier cosa por mí y no sabía decirme que no.

- ¿Es ese tipo con el que andas ahora, no? El de la iglesia. ¿Te hizo algo?

Estallé.

- ¡Perdóname, pero no hay nada más chocante que un maricón con sida tratando de ser compasivo! ¿Por qué no te vas a la puta mierda con tus preguntas? - Se quedó en una pieza. Creo que nunca me había visto de tan mal humor. Entré como una tromba a la cocina y busqué una bolsa de plástico. Luego caminé a zancadas al cuarto y empecé a meter mi ropa adentro. Recogí lo más que pude, el resto lo buscaría después. Gustavo se había quedado al margen, probablemente para ver si se me pasaba la perreta. Era la manera en que me miraba la que me recordaba a mi madre en su puto papel de víctima que me llenaba los cojones. Mi madre con sus ojos de “te lo dije”. Con sus pucheritos repugnantes, y su cara de mártir. Puro narcisismo de una perdedora con ínfulas de sacrificada. Gustavo se refrenó y luego dijo serenamente:

- Si cambias de opinión me llamas, Cami. Tú sabes que yo soy tu amigo.

- ¡No necesito tu puta caridad! ¿Oíste?

Se alejó dolido y luego regresó como recordando algo.

- ¿Y a dónde te vas a ir? ¿Cómo vas a regresar a Bradenton? ¿En Bus?-

Realmente no tenía un plan concreto.

Regresar a vivir con mi madre en el tráiler era una propuesta aterradora. Tomar el bus implicaba esperar en la parada al menos una hora, y sudar como si uno estuviera en un sauna. Paré un par de segundos y luego dije lo más suavemente posible.

- ¿Tú crees que me puedas prestar el auto? Iré a trabajar. No podía decirme que no.



Llegué a la iglesia y dije que había estado enferma. Milagros por supuesto formó su teatro alegando que "esta actitud podría costarme el despido". Me daba igual lo que dijera, solo Santiago decidía eso. A él no lo vi hasta el jueves. Pasé por su apartamento de noche varias veces en el auto pero todo estaba apagado. - ¿En qué andaba? Un agobio me estaba trepando como la hiedra por el cuello, y sabía que en algún momento empezaría a asfixiarme. Lo imaginaba impartiendo la liturgia, conversando tan amable con las madres, con las ancianas, un lobo entre los corderos. Formidable, sólido, con la voz, la sonrisa y el apretón de manos de un líder. Y yo aquella niña al final del bulto, que salta cuando rompen la piñata pero a la que no dejan llegar al centro del patio y cuando finalmente llega ya no quedan caramelos. A la hora del almuerzo decidí hacerme más amiguita de Juan, para poder sacarle información. Fue fácil. Ese gordo papanatas no podía vivir más aislado de los demás seres de este planeta. Solo había que dirigirle la palabra y era como abrir la compuerta a una represa de excremento verbal que luego nadie sabía cómo cerrar. Santiago había tenido once secretarías. Todas bonitas según Juan, así que yo podía asumir que con todas se había acostado y hecho horrores. Las despedía después de un tiempo, usualmente por problemas de conducta. Dos lo habían acusado de acoso sexual pero los cargos se habían descartado por falta de pruebas. Además, Juan estaba seguro de que el padre era inocente. Después de oírlo me decidí. Era un problema de principios. Jamás me dejaría a mí misma llegar a ser como mi madre. Una arrastrada.

El jueves como al medio día, escuché a Milagros decirle a Juan que le llevara unas cartas a Santiago. Salí supuestamente a fumar, y le arrebaté las cartas al pobre gordo. Le advertí que si decía algo le rompería la cara. Quedó en shock porque pensaba que ya éramos mejores amigos. Infeliz. Llegué al apartamento. Toqué a la puerta y alguien me miró por el visor. Santiago abrió. Estaba en unos boxers que aturdían. Tenía unas ojeras increíbles, y parecía no haber dormido nada. Le di las cartas y le dije que teníamos que hablar. Llegué al cuarto y todo estaba revuelto, había varias botellas de cerveza en el suelo y sobre la mesa. Aparté una ropa de la silla y me senté.

- Vine a darte un ultimátum.-

Traté de decirlo lo más claro posible pero no pareció agarrarlo. Estaba bastante borracho. Se levantó violento. Tenía las pupilas del tamaño de dos aros.

-Anda Camila... ¡Ultimátum! ¡No me jodas!

Me levanté de la silla y le advertí:

- ¡Estoy hablando en serio!

Me agarró del brazo. - Anda... ¡Vamos! ¡A tu casa! Camila, no estoy yo para niñas... ¡A tomar por culo!

- Si tú no me aclaras ahora mismo si de verdad me quieres, o si solamente te estás divirtiendo conmigo, me largo y no me ves más nunca en tu vida.-

Empezó a decir algo con una sonrisa, pero yo estaba hablando en serio.

- ¡No me ves más! - Grité como una loca y le zampé una patada a la silla que rodó contra la mesa de noche tumbando la lámpara. Aquello lo agarró por sorpresa. Pareció despertarse de golpe y pestañeó afectado.

- ¡Me importa un carajo lo que seas! ¿Oíste? - Seguí. - ¡Me importa un carajo si te follas a otras, si no crees en Dios o si te emborrachas! ¡Me da putamente igual! ¡Finalmente todos somos una sarta de hipócritas! ¡Lo único que me importa es a quién llevas en el corazón! ¡Y este jueguito no me lo aguanto más! Me miraba contrariado. - ¡No me lo aguanto más! ¡Me dices ahora si de verdad me quieres y sientes algo por mí o no me ves más nunca en tu puta vida! - Hubo un silencio sepulcral. Se sentó sobre la cama.

- Camila, tú eres muy niña, tú...

Agarré el pasillo corriendo, me mordí los labios hasta sentir sangre y los brazos oscilaban por encima de mi cabeza. Cuando casi llegaba a la puerta escuché un alarido. Lloraba. Regresé. Tenía la cabeza entre las piernas y sollozaba desesperado. La voz se le ahogaba, pero me acerqué y pegué mi oído a su boca - "No te vayas... No me dejes..." - Decía en susurros - "...Te quiero..." - Me reí y grité. Lo sabía. Le abracé la cabeza y le besé el pelo revuelto. Seguía llorando y todo su cuerpo, se movía en estertores, los pulmones a todo tren. Quería decirme algo más. Así que le pregunté.

- ¿Qué?

- Soy un enfermo Cami... - susurró.

Traté de calmarlo. - No te preocupes todo está bien. - Me insistió con esa manía de pensar siempre lo peor.

- No entiendes. No puedo parar. ¡Estoy fuera de control! -

Me le encaramé en el torso y me dejé caer sobre su cuerpo mientras le apretaba la cara contra mi pecho. Lo besé en la boca, en los ojos, en la frente.

- Control. - sonreí. - Eso no existe, ¿Quién tiene eso? Eso es mentira. - Nos quedamos así, yo sobre él en la cama. Yo dándole besos y revolviéndole el pelo.

Al día siguiente a las cinco salí del trabajo y caminé hacia la estación del bus. Quería estar sola, y pensar en lo que había pasado. A veces me daban esos arranques de locura, como si una mejor parte de mí misma tomara las riendas. Pero irónicamente lo que más yo había ansiado hasta ahora, que él me quisiera, era lo que más me causaba aprehensión. Esto ya no era un juego y podía costarme caro. Pensé en mi madre sola en aquel tráiler, predicando los domingos con sus zapatos rotos, y su cara de amargura. Quizá debería regresar a ayudarla limpiando casas y más adelante volver al College...

- Hola - Me sorprendió él por detrás y me asusté.

- Hola... - dije un poco cortada. Se veía rejuvenecido, como si se hubiera dado una de esas duchas que te lo quitan todo. Andaba con una camiseta de líneas rojas, que dejaba ver sus pectorales marcados y unos pantalones cargos, así tan desprolijo parecía hasta más joven. Se restregó las manos como un adolescente que no sabía qué decir.

- Camila, quería disculparme contigo. No debía haberte hecho eso...

- ¿Qué?

- Lo de Irina. - Lo cierto es que al principio me había molestado que me obligara a tener sexo con Irina pero luego me había divertido. La piel de Irina era suave y poco a poco fuimos conectando. Incluso cuando él nos hizo arrodillarnos y mamar cada una por un lado su polla, como si fuéramos los dos panes de un hot dog. Yo por supuesto lo había tomado con espíritu competitivo, pero ella había empezado a hacer trucos, y había convertido la experiencia en una clase de artesanía sexual. Al final, cuando él quiso correrse sobre nosotras ella se había portado amable y había adelantado su cara para recibir el premio, cosa que yo agradecí porque me dan un poquito de asco los embarres. Después las dos lo habíamos cabalgado a él por turnos, disfrutándolo hasta correr nos varias veces cada una. Al final, todo había quedado entre amigas y nos habíamos despedido con el abrazo agradecido del que pasa por una experiencia ardua pero remunerante.

- Está todo bien, no te preocupes.- Le dije. Se apresuró.

- Quiero pedirte algo. ¿Crees que podemos intentarlo de nuevo solos tú y yo esta vez?

Sentí una aguja en el pecho. Esto me olía a fatalidad. Insistió.

- Solos tú y yo. Es lo que hace la gente normal...

- Tú no eres normal. - Me salió del alma.

- Pero quiero serlo por ti. Por nosotros. Si un día quiero estar con otra persona, tú vas a estar allí. Te lo prometo. Te lo juro. Pero no te vayas Camila, no te vayas, por favor. -

No podía ser real. Era como si hubiera presentido mis miedos a distancia. Como si estuviéramos conectados los dos por unos cables invisibles a una sola matriz. Me miró sereno y entornó los ojos. En ellos se reflejaba esa firmeza mezclada con ternura que hacía que me crecieran maripositas en el estómago. Me tocó la cara con el dorso de la mano. Y hasta ahí llegaron mi dudas.

El sábado me recogió en su auto en la estación del bus. Viajamos desde Sunrise como una hora por I-95 hasta Miami Beach. En Collins y la veintiuno casi todo lo que hay son parejas de hombres. Era el lugar perfecto para que nadie lo reconociera. Estaba comiquísimo pues se había afeitado la barba, andaba con una camisa de hilo blanco, unos shorts de baño verdes claritos, lentes oscuros y un sombrero de paja con una diminuta pluma roja. Yo por supuesto me había probado como diez trajes de baño en casa de Gustavo y finalmente escogí la tanga más pequeña que tenía y un pareo brasileño que se amarraba detrás del cuello y me hacía ver las piernas más largas. El mar era un plato y la pasamos divino yo tomando el sol y él bajo una sombrilla con los colores del arcoíris. Santiago era muy divertido, y me hacía reír con facilidad. Se reía de la gente de una forma sana y no tenía prejuicios con los gay ni era tan racista como toda mi familia. Pedí dos mojitos, y quizá por mi tamaño y mi pamea tan señorial no me pidieron identificación. Tomamos un rato, escuchando el arrullo de las olas, y luego nos metimos al agua. Yo traté de abrazarlo pero él no me dejó. Tenía miedo de que nos vieran.

Después de la playa fuimos a comer a un TGI Fridays. Le dije que quería quedarme con él esa noche y muy serio aceptó. Rentó una habitación en un hotelito cercano, nos bañamos juntos y nos fuimos a Mangos donde me divertí mucho enseñándole a bailar Timba con una canción de David Calzado y su Charanga. Aquello estaba hasta el tope de gente. Las mulatas vestidas con esos monos de lycra spandex estampados de serpientes y piel de jaguar, meneaban sus enormes culos trepadas sobre las mesas. “Te gusta estar arriba de lo mal hecho...” vociferaban las bocinas y a mí los tres tragos que tenía arriba me prestaban tremenda sandunga y desacato. Me sentía poseída por aquella atmósfera fresca, liviana, tropical. La noche era una burbuja y Santiago era el centro, todo lo demás estaba fuera de foco, y el cielito estaba despejado. El pobre no podía poner un pie tras otro, los gallegos no saben de eso y yo casi me meo de la risa, tratando que siguiera el ritmo. Cuando nos cansamos de bailar, nos fuimos al hotel, nos quitamos la ropa y nos metimos a la cama. Esa noche bajo el sonido de la lluvia y el olor a sábanas nuevas, hicimos el amor lentamente. Algunas cosas son demasiado íntimas para contarlas y dudo que alguien pueda imaginarse lo que llegué a sentir por ese hombre.

Solo diré que fue la noche más bella de mi vida y que mientras yo gemía él me besaba los párpados.

El domingo también lo pasamos en la playa, almorzamos, y regresamos a Broward al atardecer. Pasé unas horas ordenándole el apartamento y luego Gustavo me recogió. El lunes estábamos bronceados y sonrientes. Milagros me trataba seca, pero no se atrevió a decir nada. Como a las doce llegó una parejita que quería casarse y tuve que hacerle fotocopias a sus licencias y partidas de bautismo. Ya habían hecho el curso y se veían muy enamorados. Ella era una morenita de Belice, con el cabello enroscado, los ojos claros y una sonrisa simpática. Él era blanco como un conejo, flaco y de Connecticut. Tenían un bebé en un cochecito. Me dieron mucha nostalgia. Mientras hacía copias me imaginaba así con Santi. Nos imaginaba escondidos, viviendo juntos. No era difícil, solamente teníamos que coordinar nuestras salidas. Yo saldría antes que él, para llegar a la iglesia antes. Él solo tenía que salir quince minutos después y nadie se enteraría. Si eso era demasiado peligroso podríamos limpiar el apartamento de abajo, remodelarlo y así seríamos vecinos y amantes. Trabajaríamos juntos y de vez en cuando nos iríamos de vacaciones en un crucero. Tendríamos un bebé rollizo y de ojos verdes y lo llevaríamos a la playa para que corriera y se asustara cuando las olas le abrazaran los piecitos, y pasearíamos los tres por los parques llenos de mariposas agarrados de la mano. Me pasé gran parte del día, conversando con la parejita y me esmeré llenando su expediente matrimonial hasta las cinco y media. Regresé al departamento de Gustavo. Cuando iba subiendo sola por el elevador rompí a llorar. Lloré como nunca, como si me hubieran metido el alma en la licuadora. Lloré por todo, por mi vida, por haber dejado la escuela, por haberme encontrado con Santiago, por mi hermano. Lloré por todo hasta que el pecho aguantó.

Por un par de días, trabajamos juntos en los ensayos de la boda. Él oficiaba y Juan y yo le decíamos al cortejo dónde pararse. A veces la mirada se me cruzaba con la de él, y yo me sonreía y me preguntaba cómo podía mantenerse tan serio. Esa noche, nos escapamos a un cine lejano, y nos reímos mucho cuando el chico de los boletos lo felicitó por tener "una hija tan bonita". Seguro todos pensaban eso, porque teníamos el mismo prototipo, alto y delgado. Ya sentados en la oscuridad del cine nos agarramos las manos y nos besamos. Todo iba bien, y pensé que era el momento ideal.

- Quiero vivir contigo. - dije quizá un poco a quemarropa. Se quedó callado y no podía verlo bien porque en ese momento habían apagado las luces. Cuando salió el primer comercial vi en un flash que se había puesto muy serio. No quería responder pero yo soy como un tren, una vez que empiezo ya no puedo parar aunque quiera.

- Hay iglesias que dejan a los curas tener esposas. A lo mejor te puedes mudar para una de esas.-

Incómodo, miró hacia atrás, para ver si alguien nos estaba oyendo.

- No tienes que renunciar a Dios... al fin y al cabo, un profeta, que no me acuerdo quien era en la Biblia, dice que el Altísimo no habita en casas construidas por la mano del hombre y...

- Sé lo que dijo el profeta, Camila. -

Estaba molesto, y como mi papá, cuando estaba molesto usaba mi nombre.

-Llevo diez años como sacerdote Católico. ¡No es como mudarse de casa!

Su tono golpeado me molestó pero por primera vez en mi vida decidí no forzar las cosas y quedarme callada. No me iba a poner a gritar en el cine. Soy mujer y conozco nuestras destrezas. Solo toma sexo y perseverancia convencer a un hombre de cualquier cosa.

Ya para el miércoles estuvo muy ocupado porque el sábado se iba a celebrar la boda. Después de que la familia y miembros del cortejo nupcial se fueron, se quedó a conversar con los chicos en la sacristía. Yo estaba en la oficina y Milagros me dijo que fuera a buscar el libro del registro parroquial. Caminé hacia la iglesia y me pareció ver el sedán de la parejita saliendo del estacionamiento. La iglesia estaba a oscuras, y llegué a la puerta de la sacristía. La puerta era vieja y la manija no se cerraba del todo. Se lo recordaría a Milagros. Laforcé un poco y entré. Entonces los vi. Santiago le había puesto una pierna sobre uno de los bancos, y ella tenía las manos contra el armario de las sotas. Se la estaba follando por detrás. Le tenía una mano puesta en la boca. Por supuesto, no había rastros del americano ni del bebé, y me imaginé que le había dicho que necesitaba hablar a solas con la novia. Los americanos son muy inocentes, y ese flaco tonto jamás se lo hubiera imaginado. Cuando entré, se la sacó y se quedó mirándome fijo. Esta vez no pude quedarme callada.

-¿Para qué cojones me dijiste que ibas a estar solo conmigo?

No me contestó, y bajó la mirada. Me dieron ganas de escupirle la cara.

- Te hubiera soportado cualquier cosa. Te hubiera compartido con las que fuera. Pero si hay algo que odio es la mentira.

La chiquita había empezado a llorar y a disculparse, histérica. Le dije que no se preocupara, que no había visto nada, que solo estaba allí para buscar el registro. Lo agarré y me di la vuelta. Le llevé el libro a Milagros, agarré mi cartera y me fui para no volver.



Pasaron tres semanas. El teléfono no paraba de repicar y esta vez no era él. Era el celu de Juan. Sonó tantas veces que finalmente tuve que contestar. Anduvo por las ramas un rato y finalmente me dijo:

- El padre Alcázar tuvo un accidente y está hospitalizado.

- ¿Qué le pasó? Pregunté aterrada.

- No sé... Milagros es la que sabe. - Parecía renuente a contestar mis preguntas.

- Dame la dirección exacta, ¡Voy para allá!-

Se demoró un tiempo, pero lo hizo. Se portó como un hombrecito. Me advirtió.

- Camila, ellos lo saben todo. No sé si deberías venir...

- ¿Quiénes ellos? -

Oí una distorsión. Le había puesto la mano al micrófono del teléfono y hablaba con alguien. Cuando terminó me dijo apuradamente.

-Te mando la dirección por texto. - Y me colgó.

Salí del elevador y busqué su habitación. Allí estaba Milagros rezando en la silla por supuesto y Juan parado, mirando la televisión. Santiago tenía unos tubos azules metidos en la boca y los ojos cerrados. Pensé que se moriría.

-¿Qué le pasó? - No pude mantener el personaje y se me salieron las lágrimas. Pensé que no lo iba a ver más nunca y era el amor de mi vida.

Milagros me agarró del brazo y me sacó afuera. Me trataba como a una niña, yo aterrada y ella calmándose:

- ¡Tranquilízate hija, que ya está estable! ¡No se va a morir!

Entre mocos le pregunté qué le había pasado.

-Se tomó un pomo de pastillas para dormir. No es la primera vez...

De pronto me vinieron a la mente los frascos de píldoras que había visto en el secreter aquel día que me metí en su apartamento.

- ¿Me estás diciendo que se quería matar? Yo vi unas pastillas en su mesa...- Gritaba.

Me agarró por el brazo con esas manos disecadas de vieja y me llevó a una salita de espera.

- ¡Oye, ustedes los jóvenes son porfiados y se creen que se las saben todas!

Me tocó la sien con uno de sus dedos huesudos.

-Mi amor, Santiago es un adicto sexual diagnosticado. Esas pastillas que tú viste probablemente son las que le mandó el psiquiatra para controlar su enfermedad. Ya ha pasado que no se las toma porque dice que lo atontan y entonces cae en estos estados de depresión... ¡Ya van dos veces que ha querido suicidarse! - Se persignó.

Me habían quitado el suelo de debajo de los pies. Santiago y yo teníamos una conexión especial. Esto no podía estar pasando.

- Tú eres muy inocente. ¿Tú piensas que eres la única muchachita con la que Santiago ha fornicado? ¡No hija no! Él tiene tres y cuatro al día mi vida...-

No sé por qué pero pensé en mi hermano en fila india con los otros cinco repitiendo la frase “El dinero de la caja o te mato”.

- ¿Tú piensas que nosotros no estamos al tanto de todo? El mismo día que Juancito te vio subiendo a su apartamento... y luego entrando a la iglesia... ¿De dónde tú crees que el padre venía?- Me asaltó la duda. Recordé que la primera vez que me le metí en el apartamento, lucía muy cansado.

- ¡Se estaba acostando con la mamá de los jimaguas, que tiene sesenta y pico de años, hija! ¡Se ha acostado con casi todas las parroquianas, las mamás de los niños, con prostitutas...! ¡Se acuesta con cualquiera!

Pensé que me caería. Se me aflojaron las piernas. Algo me bajó y no me sentía la cara. Me sentí nada.

Nada.

-Y déjame decirte algo. Procura no estar aquí cuando llegue el Reverendo Arias. ¡Porque te va a llamar a la Policía! ¡Él ya lo sabe todo! ¡Alguien se lo contó y no fui yo! Ya casi no la escuchaba, era solo un aullido lejano. Me metí de cabeza en una nube despintada. Ella podía decir lo que quisiera pero yo sabía que él se había tratado de matar por mí. Todo perdió el color, las manos se me helaron, me sentí desnuda y traté de no escuchar más.

Milagros tenía razón. Monseñor Arias me hizo la vida imposible los diez días que Santiago estuvo en estado de coma. Primero me acusó con las enfermeras, alegando que yo no era familia del paciente, o sea que no tenía por qué estar allí. La cara se le ponía roja como un tomate, con un fervor insólito, como si yo fuera el peor enemigo de Dios. Me prohibieron entrar a ver a Santiago hasta que una noche me ligué a uno de los de seguridad y lo convencí para que me dejara pasar a verle diez míseros minutos. Por supuesto el chiquito esperaba algo a cambio, y le dije - En diez minutos estoy aquí y vas a gozar como nunca.-

Me dio su I.D y subí la escalera cagada de que alguien me fuera a encontrar. Casi todo estaba apagado en I.C.U, pero aún estaban los enfermeros de guardia. Esperé pacientemente hasta que todos estuvieran ocupados y en puntillas llegué a su cuarto. Cuando iba a entrar noté por las persianas que había alguien adentro. Vestía una camisa negra y parecía descansar sobre el vientre de Santiago. Dudé por un momento, porque me podía delatar y entonces no podría entrar más, pero un movimiento de su cabeza hizo que mi estómago saltara y abrí la puerta como una tromba. Era el monseñor Arias y en la mano tenía el miembro dormido de mi novio.

Trató de defenderse pero mi furia era tal que me lancé contra él de cabeza rompiéndole los espejuelos y arañándole la cara. El viejo gritaba como una mujer.

- ¡Auxilio! ¡Seguridad! - Y yo como una loca tratando de sacarle los ojos con los dedos.

Después de unos segundos que parecieron horas, llegó seguridad y me sacaron arrastrándome. Por supuesto Arias les dijo que yo era una loca, que hacía rato los acosaba. Supuestamente yo estaba obsesionada con el padre Alcázar y él solo había venido a velar por su amigo. Gritar que era un hijo de perra maricón asqueroso solo consiguió que me sacaran del hospital más rápido para que no despertara a todos los enfermos. Luego, como era de esperarse llegó la policía. Me arrestaron por agresión y me llevaron a la cárcel de Broward County, donde me metieron en una pecera con todas las putas y las delincuentes de la ciudad. Al día siguiente tuve que ir frente a un juez, que me puso una fianza de dos mil dólares, y me dejó salir porque yo tenía limpio el expediente. Gustavo pagó la fianza y me recogió. Como siempre se portó como un rey, calmándome y dándome consejos.

Un día después no me pasaban las llamadas al cuarto y ni Juan ni Milagros me respondían. No sabía qué hacer.

Decidí ir a la prensa, diría que Santi y yo éramos novios. De esa forma tendrían que dejarme verle. Cuando se despertara lo dejarían venir conmigo. Además, de paso esto le jodería la existencia al hijo de puta de Arias. Llamé al noticiero local y les conté esta misma historia pero nunca me hicieron caso. Seguro pensaron que estaba loca.

Cuando ya no sabía qué otra cosa intentar y me estaba volviendo loca de verdad, me sonó el teléfono. Era un número desconocido. Respondí y era Ariel, el agente de seguridad que me había dejado entrar al hospital. No dio muchas vueltas, este era un cubano lanzado, de esos que hablan rápido porque son de la calle. Me dijo que Arias había hecho que movieran a Santiago de cuarto y que no me podía decir dónde estaba ahora. De todas maneras no podría pasar, insistió. El departamento de policía había mandado la foto de mi arresto al gerente de Seguridad del hospital y todos los guardias la tenían. Necesitaba algo importante por eso me había llamado.

- Me hace falta el I.D que te presté, porque si lo encuentran voy a perder mi trabajo. -

Yo no tenía idea en donde lo había dejado. Probablemente se me había caído en la bronca o cuando me subieron a la fuerza a la patrulla. No tenía el menor interés en hablar de eso, y en realidad me importaba un carajo si perdía su trabajo o no. Ya le iba a colgar el teléfono, pero era rápido y se tiró.

- Oye, yo sé lo que tú viste. Yo vi eso mismo la semana pasada.

Sobresaltada, me agarré al teléfono con las dos manos.

- ¿Qué viste? - Estaba fuera de mí. Era una cascara, y había hasta bajado de peso. Su voz se oía bajita.

- No puedo hablar mucho porque el sargento está cerca...pero tengo fotos. Si quieres, encuéntrame a la doce, en el último piso del estacionamiento del edificio H.

- Sin más me colgó. Llamé varias veces al número pero no me respondió.

Gustavo me llevó al último piso del estacionamiento, se estacionó y apagó las luces. No quería dejarme sola de noche allí con ese tipo al que yo ni conocía. Llamé a Ariel, y me dijo que estaba en camino. Cuando llegó pude observarlo bien. Era demasiado fornido para mi gusto, tostado por el sol y de ojos negros. Tenía un tatuaje tribal en un antebrazo y a sus veinticinco ya se estaba quedando calvo. Llevaba el arma al cinto, y caminaba con demasiada confianza. Calculé que era uno de esos tipos rudos, de los que nacen para policía y se enredan a puñetazos con cualquiera.

Miró a los lados y me preguntó quién era el tipo que estaba en el auto. Le dije que era un amigo mío, que no se preocupara. Me agarró del brazo, me llevó a una esquina y sacó su teléfono del bolsillo.

- Hago las rondas y a veces paso por el I.C.U a ver a una socita mía... - Me guiñó el ojo sonriendo. Probablemente era una enfermera. Las enfermeras casi siempre son putas, porque viven la vida demasiado cerca de la muerte.

- El miércoles de la semana pasada pasé, y vi al viejo éste aprovechando que el otro estaba dormido. No dije nada porque no se supone que yo ande por ahí a esa hora, pero pensé en ponerlo en Facebook nada más para joder a éste... -

Me mostró el teléfono y había dos fotos del Monseñor Arias con el rabo de Santiago en la mano. En una tenía la boca abierta.

El corazón se me puso a mil. Empecé a tocarme la cara y a enredarme furiosamente la trenza. El permaneció impassible y sospeché por donde venía.

- Mira, esto no es problema mío, si quieres yo te mando las fotos y tú sabrás que hacer con ellas...

Esas fotos eran mi salvación. Mi ticket para volver a ver a Santiago. Con pruebas como estas el reverendo Arias no iba a poder impedírmelo.

Sabía cuál iba a ser la próxima frase.

- Pero te van a costar lo que me prometiste – Me miró esbozando una sonrisa desvergonzada.

Asentí sin mirarlo. Caminé hasta el auto de Gustavo y le dije:

- Vengo en media hora. – Él me miró asustado.

Agarré de la mano a Ariel y me lo llevé a la escalera de servicio. Había calculado mal. Era un animal y le tomó una hora y media.